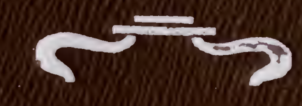
Samuel M. Zwemer

Raimundo Lulio



RAIMUNDO LULIO PRIMER MISIONERO ENTRE LOS MUSULMANES

Por Samuel M. Zwemer





RAIMUNDO LULIO
Estatua por Joan Samsó.

RAIMUNDO LULIO

PRIMER MISIONERO ENTRE LOS MUSULMANES

POR

SAMUEL M. ZWEMER

Traducción de ALEJANDRO BRACHMANN



SOCIEDAD
DE
PUBLICACIONES RELIGIOSAS
Flor Alta, 2 y 4
MADRID

Imp. B. Izaguirre.— Churruca, 17; Madrid.

AL LECTOR

Podrá parecer extraño que para dar a conocer al público evangélico de habla española la figura del gran misionero, filósofo, místico y poeta mallorquín, Raimundo Lulio, hayamos traducido un libro escrito en inglés, en lugar de preparar una obra genuínamente española.

Pero poner al alcance de los lectores españoles la notable obra del Dr. Zwemer, aparte de los méritos del libro, que el lector apreciará por sí mismo, nos da una ocasión de ver a una de las glorias de nuestro país, estudiada y apreciada por hombres de otra nacionalidad, lo cual es como vernos a nosotros mismos según nos ven otros, como dijo un poeta.

Nos da, por otra parte, un ejemplo del espíritu *católico,* en el verdadero sentido de la palabra, que caracteriza al protestantismo. El autor, el predicador, el misionero protestante, está siempre dispuesto a estudiar, admirar y elogiar todo lo bueno que encuentra, en cualquier parte don-

de lo encuentre; una actitud que, desgraciadamente, no halla la debida correspondencia en aquella Iglesia para la cual nada hay digno de estimación fuera de su propio palio.

Nos complacemos en expresar aquí nuestra gratitud al Dr. Zwemer y a la Casa Editorial Funk & Wagnalls, de Nueva York, por el permiso liberalmente concedido para la publicación de esta edición española; y al traductor, por la obra de amor que ha hecho vertiéndola al castellano.

Los Editores.

PRÓLOGO

Sería muy difícil encontrar persona tan competente como el Dr. Zwemer para escribir la vida del primer gran misionero que evangelizó a los mahometanos. Durante doce años el Dr. Zewmer ha trabajado con sus asociados de la Misión Arabe de la Iglesia Reformada en la costa oriental de la península de Arabia y en la región Turca al Noroeste del golfo de Persia. A un dominio casi perfecto del árabe, un conocimiento exacto del Corán, un celo incansable, y un valor indomable, ha unido un intenso amor hacia los mahometanos y un ardiente deseo de hacerles conocer en verdad al Salvador a quien ellos creen anulado y sobrepujado por su profeta.

Cuando crucé el Golfo de Persia durante la primavera del año 1897, los capitanes de los vapores, sin distinción, se deshacían en alabanzas del misionero de «corazón de león» como ellos le llamaban, que solía sentarse en la escotilla con

los viajeros árabes y confundirlos con argumentos sacados de sus propias escrituras. En el intervalo de viajes itinerantes al interior de El Hasa y Oman, el Dr. Zwemer halló tiempo para escribir un libro sobre Arabia (publicado en el año 1900) que es la más completa autoridad referente a la península, y, uno de los mejores libros que poseemos sobre los problemas, de interés para todos los cristianos, que plantea el nacimiento y difusión del Islam. Amando a los Mahometanos y conociendo a fondo su religión y trabajando constamente para aumentar las fuerzas misioneras destinadas a procurar la evangelización del mundo musulmán, el Dr. Zwemer reúne condiciones que pocos poseen en tan alto grado como él para entender la vida de Raimundo Lulio, y para describirla simpáticamente.

Había gran necesidad que se escribiese de un modo adecuado la vida de Raimundo Lulio para lectores de habla inglesa. Fué el misionero más grande que se ha dirigido jamás al mundo musulmán. Fué una de las figuras sobresalientes de la Iglesia Católica del siglo trece. Fué un cristiano del espíritu moderno de catolicidad—ni romanis-ni protestante—un hombre de juicio espiritual y de amor divino. Veía la futilidad de la autoridad en asuntos de la religión en un tiempo en que otros hombres se ocupaban en dar a su

creencia en la autoridad la expresión más diabólica que ha podido concebirse: la Inquisición. Amó a Cristo con un amor apasionado y vió que el único verdadero método misionero era el método del amor. Dejar su vida en la obscuridad resultaría una pérdida incalculable para la iglesia de nuestros tiempos. Necesitamos avivar su memoria, aprender de nuevo sus secretos y confirmar las tendencias cristianas más elevadas de nuestros días viéndolas noblemente ilustradas en la vida de Lulio. De todos los hombres de su siglo que conocemos, Raimundo Lulio fué el más poseído por el amor y la vida de Cristo y por consiguiente el más celoso para compartir su posesión con el mundo. El mundo estaba muy necesitado de aquel amor y aquella vida; la Iglesia casi tanto como el mundo.

La grandeza del carácter de Lulio se destaca de un modo aún más marcado cuando se considera cómo se elevó él por encima del mundo y de la iglesia de su tiempo, anticipando por muchos siglos normas morales, conceptos intelectuales y ambiciones misioneras que nosotros hemos alcanzado con mucho trabajo y muy lentamente a partir de la Reforma.

El movimiento de nuestro pensamiento, teológico o filosófico, tiende fuertemente ahora hacia concepciones biológicas. Esto ciertamente es

un adelanto. Vemos que la vida es el asunto supremo y que nosotros debemos formular nuestros conceptos en términos propios de la vida. La obra misionera ganará mucho por medio de este nuevo modo de pensar. Su propósito es dar vida. Su método es obrar por contacto con la vida. Raimundo Lulio lo probó. El salió para dar una vida divina, que el ya poseía en su propia alma. En «St Pauls Conception of Christ» (El concepto paulino de Cristo) Somerville indica, que «en la conciencia de lo que el Cristo glorificado era para Pablo en su vida personal hemos de buscar la génesis de su teología». Es también en su experiencia interior del Cristo glorificado donde hemos de buscar el secreto y la fuente de la doctrina y de la vida de Raimundo Lulio: lo que pensó, lo que fué y lo que sufrió. Y esto ha de ser verdad respecto a todos los verdaderos misioneros. Ellos no van al Asia o al Africa para decir:« Esta es la doctrina de la Iglesia Cristiana», o «Vuestra ciencia es mala. Mirad por este microscopio, y ved por vosotros mismos y dejad entonces tales errores», o «Comparad vuestra condición con la de América; ved cuánto más provechoso en el sentido social es el Cristianismo que el Hinduismo, o el Confucianismo, o el Fetichismo o el Islam.» Sin duda todo esto tiene su lugar: es el argumento tomado de la concordan-

cia del cristianismo con los hechos del universo, el argumento del fruto. Pero todo esto es secundario. El asunto primario es el testimonio personal. «Esto es lo que he sentido. Esto ha hecho Cristo para mí. Yo predico un Salvador que conozco. Lo que era desde el principio, lo que he oído, lo que he visto con mis propios ojos, lo que he contemplado y mis manos palparon referente al Verbo de vida (porque la vida fué manifestada, y he visto y testifico y os anuncio la vida, la vida eterna, la cual estaba con el Padre y me ha aparecido); lo que he visto y oído, eso os anuncio, para que también vosotros tengáis comunión conmigo: y mi comunión es con el Padre y con su Hijo, Jesucristo.» El hombre que no puede decir esto, será capaz de cambiar las opiniones de aquellos a los cuales va, de mejorar su condición social, de libertarles de errores necios y supersticiones esclavizadoras; pero después de esto, aquella única cosa que una vez hecha, habría arreglado por sí misma todas estas cosas y mil más, quedará todavía por alcanzar, es a saber, el don de la vida. El misionero que quiera hacer la obra de San Pablo o de Lulio ha de ser capaz de predicar un Cristo viviente probado por la experiencia que, por su encarnación que lo arraiga en la historia y su resurrección que asegura su personalidad en Dios, está libre de toda interpreta-

ción panteísta; pero a la vez un Cristo presente y conocido, vivido y pronto a ser dado por la vida a la muerte, a fin de que de la muerte se cambie en vida.

Sería fácil trazar otros paralelos además de éste entre Pablo y Lulio: sus conversiones, sus temporadas consiguientes de soledad, sus visiones, sus incesantes trabajos, su pasión para Cristo, sus sufrimientos y naufragios, su fuerza y actividad intelectuales, sus martirios, que muestran la ley de Cristo, suprema en la muerte, como también lo es en la vida, en todos sus pensamientos, própositos, gustos, ocupaciones, amistades, sacrificios. Pero la esencia de todas estas comparaciones, la esencia real de todo verdadero carácter misionero es la posesión por la vida de Cristo como vida y la capacidad por consiguiente de dar a los hombres, no solamente una doctrina nueva, no una verdad nueva, sino una nueva vida. La obra de las misiones es justamente esta: la salida de un cuerpo de hombres y mujeres, que conocen a Cristo, y que por tanto tienen vida en sí mismos, que salen de la Iglesia para ir por todo el mundo; su residencia tranquila entre gentes muertas, y la resurrección de entre estas gentes, primero de uno, luego de algunos, y después más y más, que sienten la vida, la reciben y viven.

Lulio procuró prepararse en todos sentidos para el contacto con los hombres a fin de poder penetrar en lo más íntimo y profundo de su vida y poder así plantar la simiente de la vida eterna que él llevaba. Por eso aprendió el árabe, se hizo maestro de la filosofía musulmana, estudió geografía y el corazón del hombre. Y, por eso, también se hizo estudiante de religión comparada como diríamos hoy. Sin embargo, había una gran diferencia entre su punto de vista y el de una gran parte de los modernos escolares de religión comparada. Lulio no tenía la idea de que el Cristianismo no sea una religión completa y suficiente. El no estudiaba otras religiones con el fin de tomar de ellas ideales de los cuales se imaginara que carecía el Cristianismo. Tampoco se propuso deducir de todas las religiones un fondo común de principios generales que se hallaran más o menos en todas y considerar estos como la religión final. El estudió otras religiones para hallar cómo llegaría mejor a los corazones de sus partidarios con el evangelio, perfecto y completo en sí mismo, sin falta alguna y sin necesidad de nada que otra doctrina pudiera darle. Para él había entre el Cristianismo y las demás religiones una diferencia, no de grado solamente, sino de calidad. El Cristianismo posee lo que a ellas les falta, que es deseable. Le falta lo que ellas tienen,

lo que es indigno. El solo satisface. El solo es vida. Ellas son sistemas sociales o políticos, religiones de libros, métodos, organizaciones. El y él solo, es vida, vida eterna. Lulio estudiaba otras religiones, no para descubrir lo que ellas pudieran dar al Cristianismo, pues no tiene nnada que dar, sino para hallar cómo podía él dar a los que las seguían la vida verdadera, que es vida, y que ningún hombre jamás hallará hasta que no la halle en Cristo.

Bendita como será la influencia de Lulio sobre la vida y experiencia cristianas de todos los que la sientan por la lectura de este bosquejo, no alcanzará su propósito completo, si ellos no se sienten llevados al deseo de reparar la negligencia de los siglos. Hace seis siglos que Lulio cayó en Bugía. ¿No ha de dar fruto nunca aquel martirio? ¿No hemos de despertar nosotros por fin del sueño de generaciones y dar al Salvador su sitio sobre el Profeta y a la media luna su lugar debajo de la cruz?

Robert E. Speer.

PREFACIO

El sujeto de esta biografía está reconocido por todos los escritores de historia de las misiones como el eslabón único que liga los apóstoles del Norte de Europa con los guías que siguieron a la Reforma. Eugenio Stock, el secretario editorial de la Church Missionary Society (Sociedad Misionera de la Iglesia Anglicana) declara que «no hay figura más heróica en la historia de la cristiandad que la de Raimundo Lulio, el primero y quizás el más grande misionero de los que han evangelizado a los mahometanos.»

Ninguna biografía completa de Lulio existe en el idioma inglés, y ya que el siglo veinte ha de ser preeminentemente un siglo de misiones a los musulmanes, debemos rescatar del olvido la memoria del explorador.

Sus especulaciones filosóficas y sus muchos libros han perdido mucho de su valor, pues él co-

nocía en parte solamente. Pero su amor abnegado nunca se desvanece y su memoria no puede perecer.

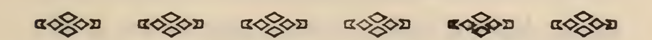
Su biografía subraya su propia divisa:

«El que vive por la Vida no puede morir.»

Es esta parte de la vida de Lulio la que contiene un mensaje para nosotros hoy, y nos llama para recobrar al mundo mahometano para Cristo.

SAMUEL M. ZWEMER

Bahrein, Arabia, Marzo 1902.



RAIMUNDO LULIO

CAPÍTULO I

Europa y los Sarracenos en el siglo XIII

(A. D. 1200-1300)

«Aunque la historia de una época se desarrolla toda a la vez, no se puede escribirla toda a la vez. Los misioneros van adelante en sus mandatos de amor, los teólogos construyen sus sistemas, los perseguidores matan a los creyentes, los prelados buscan la supremacía, los reyes contienen el avance de los eclesiásticos, todo esto y una infinidad de detalles está ocurriendo en el mismo período de tiempo.».—*«History of Doctrine.» (Historia de la Doctrina)*, por Shedd.

No podemos comprender a un hombre si no conocemos el ambiente en que se mueve. La biografía es un hilo, pero la historia es un tejido, en el cual el tiempo es ancho, a la vez que largo. Para desenredar el hilo sin romperlo, debemos

aflojar todo el tejido. Para comprender a Raimundo Lulio hemos de retroceder setecientos años y ver a Europa y los Sarracenos como eran antes que amaneciera el Renacimiento y apuntara la Reforma. Aunque la sombra de la edad oscura gravitaba pesadamente sobre él, el SIGLO XIII era una época de grandes acontecimientos, al menos para Europa. El poder enorme del imperio estaba decayendo y surgían Estados separados en Alemania y en Italia. El crecimiento de la libertad civil, aunque solamente en su infancia, daba ya fruto en la mayor amplitud de las ideas y en la fundación de las universidades. En Inglaterra Normandos y Sajones habían llegado a ser por fin una nación; se firmó la Carta Magna y se convocó el primer parlamento. Por el tiempo en que Lulio nació, los Tártaros invadieron a Rusia y saquearon Moscou; Sarracenos y Cristianos se disputaban no solamente la posesión de la Tierra Santa, sino también el dominio del mundo.

Aunque en el Oriente la prolongada pugna por la Santa Ciudad había terminado con la derrota de los cristianos, el espíritu de las Cruzadas sobrevivía. El mismo siglo que presenció la caída de Acre, fué también testigo de la caída de Bagdad y la extinción del Califato. En España, Fernando de Castilla arrancaba una ciudad tras

otra a los moros, que se atrincheraban en su último baluarte, Granada. El año 1240 marca la elevación de los Turcos Otomanos; Lulio era entonces un niño de cinco años. Antes de que llegara a los veinte, Luis IX había fracasado en su cruzada y había caído prisionero del Sultán de Egipto; emperadores habían depuesto a papas, y papas a emperadores; y la Inquisición había empezado en España a torturar judíos y herejes. En Colonia se echaban los cimientos de la gran catedral y en París los hombres hacían experimentos con el nuevo gigante, la pólvora.

Toda Europa estaba acalorada con el vino fuerte de cambios políticos y de expectaciones sociales.

En el mismo siglo tenían lugar en Asia súbitas y subversivas revoluciones. Las hordas mongólicas mandadas por Genghis Khan, se derramaron, como aguas largo tiempo contenidas, sobre todos los países del Oriente. El Califato de Bagdad cayó para siempre ante la furiosa embestida de Hulaku Khan. El imperio de los Seljúcidas llevó pronto su dominio Musulmán hasta las sierras de Anatolia y los Turcos se disputaban con los Mongoles la soberanía sobre el Tibet.

Los efectos beneficiosos de las Cruzadas empezaban ya a sentirse en el desmoronamiento de aquellos dos edificios enormes de la Edad Media,

el Pontificado y el Imperio, que dominaban como ideales y como realidades. El sistema feudal empezaba a desaparecer. La invención y aplicación del papel, de la brújula del marinero y de la pólvora anunciaban las épocas de la prensa, de exploración y de conquista que habían de comenzar en el siglo siguiente. La oscuridad no era la de media noche, aunque todavía rayaba el alba. Era la hora del canto del gallo. En el año 1249 se fundó la Universidad de Oxford. En 1265 Dante nació en Florencia. La persecución de la verdad por los filósofos era todavía un juego de dialécticos palabreros, pero Tomás de Aquino y Buenaventura y Alberto Magno dejaron también un caudal de pensamiento. Los dos primeros murieron el mismo año en que Raimundo Lulio escribió su «Ars Demonstrativa.» Fué en el siglo XIII cuando la ciencia física vino trabajosamente a la vida en las celdas de Gerberto y Rogerio Bacon. Pero el vulgo tenía a estos hombres por hechiceros, y el clero por herejes, y se les apremió con el calabozo. Marco Polo el Veneciano, el más célebre de todos los viajeros, pertenece al siglo XIII e hizo para Asia, lo que Colón para América. Su obra era un eslabón en la cadena providencial, que a la postre sacó a luz el Mundo Nuevo. Pero ambos, Marco Polo y Rogerio Bacon se adelantaron a su

época. Gibbon dice con razón que, «si los siglos IX y X fueron tiempos de la oscuridad, los siglos XIII y XIV fueron la época del absurdo y de la fábula.» El pensamiento se hallaba aún bajo el terror por el temor a la suerte que amenazaba a herejes y rebeldes.

Los mapas del siglo XIII no manifiestan ningún aprecio de los descubrimientos de Marco Polo. El mundo, como lo conocía Raimundo Lulio, era el mundo de las leyendas medievales y de la antigua poesía. La superficie terrestre se representaba como un disco circular rodeado por el Océano. El punto céntrico era la Tierra Santa o Jerusalém, según la profecía de Ezequiel. El Paraíso ocupaba el extremo Oriente y Gog y Magog estaban al Norte. Las columnas de Hércules indicaban el límite del extremo Occidente, y aun la nomenclatura de la Europa meridional era vaga y escasa. Es interesante notar que la primera gran mejora en estos mapas tuvo lugar en Cataluña, la región de España donde vivieron los antepasados de Lulio. El notable mapa catalán del año 1375, existente en la biblioteca de París, es el primer mapa mundi que desecha todas las teorías pseudo teológicas e incorpora la India y la China como parte del mundo. Casi todos los mapas de la Edad Media son inferiores al reproducido en nuestra ilustración. Artistas in-

geniosos disimulaban su ignorancia y daban vida al disco del mundo pintando ciudades amuralladas, pueblos encastillados y leones bramando en selvas imaginarias. Swift satirizó sus descendientes modernos como

> geógrafos que el mapa de Africa
> llenan con cuadros salvajes,
> y allí donde faltan pueblos
> ponen grandes elefantes.

En cuanto a la actitud general de las masas respecto del progreso intelectual, un escritor observa justamente: «No faltaban ciertamente elementos de vigor natural prontos a brotar. Pero el valor que resulta del conocimiento, la fortaleza engendrada por una positiva actitud de la mente cara a cara con la dominante esfinge oscurecedora de la teología, faltaban. Bien podemos decir que la gente natural e indocta tenían la justa intuición necesaria èn mayor medida que la gente docta, educada en las escuelas. El hombre y el universo real persistían en afirmar sus derechos y demandas de una o de otra manera; pero siempre se les rechazaba de nuevo a las heladas regiones de las abstracciones, ficciones, visiones, esperanzas y temores de espectros, en medio de las cuales la inteligencia adelantaba a modo de sonámbulo sobre un camino desconocido.»



UN MAPA-MUNDI DEL SIGLO DÉCIMO

Reproducción del mapa Anglo-Sajón, muy conocido en la época de Raimundo Lulio.

La moralidad de la Edad Media presenta extraños contrastes. Uno enfrente al otro, y no solamente en el mismo país, mas a menudo en el mismo individuo, presenciamos una fe sublime y una superstición degradante, una pureza angélica y señales de grosera sensualidad. Era una época de caridad llena de abnegación de sí mismo a favor de cristianos dolientes y de crueldad bárbara contra infieles judíos y herejes. Los ricos pagaban sumas inmensas para rescatar un esclavo cristiano, capturado por los Sarracenos; y la Iglesia invertía sumas inmensas para perseguir a los que erraban de la fe. Cuando los cruzados bajo Godofredo de Bouillón (que rehusó llevar una corona de oro, donde su Salvador había llevado una de espinas) llegaron a la vista de Jerusalém, besaban el suelo y avanzaban de rodillas en oración penitencial; sin embargo, después de la toma de la ciudad, mataron atrozmente a setenta mil mulsumanes, quemaron a los judíos en sus sinagogas, y caminaron sobre charcos de sangre al Santo Sepulcro para ofrecer hacimientos de gracias. El estado general de la moralidad aun entre los papas y el clero era bajo. Gregorio VII e Inocencio III fueron grandes papas y enérgicos reformadores de un clero corrupto; pero constituyen excepciones en la larga lista. Uno de los papas fué depuesto por

acusársele de incesto, perjurio, asesinato y blasfemia. Muchos alcanzaron su poder por la simonía. El concubinato y los vicios contra la naturaleza eran predominantes entre el clero en Roma. Inocencio IV, que subió al solio papal el mismo año en que nació Lulio, era un tirano desaforado. Nicolás III y Martín IV, que fueron papas hacia fines del siglo XIII, rivalizaban en infamias. El pontificado del primero se caracterizó de tal modo por la rapacidad y el nepotismo, que Dante le consignó a su «Infierno». El último fué el instigador sanguinario de las terribles «Vísperas Sicilianas.»

Martensen dice que «la ética de esta época ostenta a menudo una mixtura de la moral cristiana con la de Aristóteles». Y esto es natural si recordamos que Tomás de Aquino representa la cima de la moral de la Edad Media tanto como la de su dogmática. Los pecados se dividían en carnales y espirituales, veniales y mortales. El camino a la perfección se alcanzaba mediante votos monásticos de pobreza, celibato y obediencia.

La poesía del período refleja el mismo extraño contraste entre la piedad y la sensualidad, entrando en ella los himnos más tiernos de devoción y las canciones de las bacanales. Los siete himnos grandes de la Iglesia de la Edad Media

han desafiado y humillado la capacidad de los mejores traductores e imitadores. La emoción admirable del «Stabat Mater Dolorosa» y la fuerza terrible del «Dies Irae», se dejan sentir aún en sus traducciones más pobres.

Sin embargo, la misma época tenía sus «Carmina Burana», escritas por Goliardi y otros, en las cuales Venus y Baco andan mano en mano y el elemento sensual predomina. No hace falta recordarnos que el amante de Beatriz tenía mujer e hijos, o que el poeta de Laura tenía un hijo y una hija de una concubina. Y ni Dante ni Petrarca eran excepciones entre los poetas de la Edad Media en este punto. Era un mundo tenebroso.

El siglo XIII era también una época de superstición, un tiempo de espíritus y visiones, milagros y fanatismo. Los «flagelantes» andaban de pueblo en pueblo, llamando a las gentes al arrepentimiento. Ceñidos con sogas, con ropa muy escasa o enteramente desnudos, se azotaban a sí mismos en las calles. La secta se extendió como peste desde Italia a Polonia, propagando doctrinas extravagantes y causando a menudo sediciones y asesinatos. Catalina de Siena y Francisco de Asís tenían visiones nacidas del fervor de su amor. El último llevaba los «estigmas» y murió de las heridas de Cristo, que según se

decía se le imprimieron sobre sus manos y su costado por una imaginación embriagada con la contemplación y amor del Redentor crucificado. El autor de los dos himnos más hermosos de la Edad Media llegó a extremos fanáticos en la tortura de sí mismo para expiar sus propios pecados y para el bien de otros. En el año 1228 Pedro Nolasco vió una visión de la Virgen María y desde aquel día dedicó toda su propiedad a comprar la libertad de cristianos cautivos de sus amos moros. El fundó la orden de los Mercedarios, cuyos miembros llegaban hasta entregarse a sí mismos a la esclavitud a fin de salvar algún correligionario de la apostasía al Islam. Durante los siglos XII y XIII las órdenes monásticas crecían en número y en influencia. Ellas formaban el ejército permanente del papado y generalmente fomentaban la educación, la ciencia y el arte. Los Franciscanos eran una de las órdenes más poderosas, a pesar de ser una de las últimas.

El año 1264 esta orden tenía ocho mil conventos y doscientos mil frailes. Algunos de estos frailes eran santos, algunos estudiosos, y algunos sensuales; al lado de una superstición sin medida y de una completa ignorancia en la masa de los clérigos, encontramos, entre unos pocos, genios intelectuales y manifestaciones maravillosas de amor abnegado.

A pesar de eso se parodiaba las solemnidades más sagradas. En la «Fiesta de los locos» que se celebraba en Francia el día del año nuevo, se representaban papas, obispos y abades burlescos y todos sus oficios santos se remedaban en una manera blasfema.

El misticismo práctico, que no se ocupaba de la filosofía sino de la salvación personal, era común en el siglo XIII, especialmente entre las mujeres de las provincias. Santa Hildegarda, Matilde y Gertrudis la Grande, son ejemplos notables. También había tentativas de reformar la iglesia y los abusos de los clérigos.

Los albigenses y los valdenses fueron en muchos sentidos precursores del protestantismo. Otras sectas numerosas, menos puras en doctrina y moralidad, se levantaron en aquel entonces y se extendieron por todas partes, desde la España oriental hasta el norte de Alemania. Todas ellas coincidían en oponerse a la autoridad eclesiástica, y a menudo a la del Estado.

Tal era la condición política, intelectual, moral y religiosa de Europa, en los días de Raimundo Lulio.

El mundo mahometano se hallaban también en un estado de fermentación. Los Cruzados enseñaron a los Sarracenos al mismo tiempo la fuerza y la debilidad del cristianismo de la Edad

Media. El campo de batalla de las Navas de Tolosa, cubierto con doscientos mil Musulmanes muertos, fué el doblar a muerte para el Islam en España. El dominio y la cultura de los Sarracenos en Granada eran solamente el resplandor que sigue a una puesta de sol, glorioso pero pasajero. Lo que los Sarracenos perdieron de territorio al Occidente, lo compensaron con sus conquistas, la Siria y el Oriente. En el año 1250 los sultanes Mamelucos empezaron a reinar en el Egipto, y bajo el reinado de Beybars I el Egipto Musulmán alcanzó el zenit de su fama. En el siglo XIII el Islam era una potencia, no tanto por sus conquistas con la espada como por sus conquistas con la pluma. La filosofía musulmana interpretada por Alkindi, Alfarabi, Avicenna y Algazel, pero sobre todo la filosofía de Averroes, se enseñaba en todas las universidades. Aristóteles hablaba en árabe antes de ser retraducido a los idiomas de Europa. «Los Sarracenos,—dice Myers,— eran durante la Edad Media poco menos que los únicos depositarios de los conocimientos científicos del mundo. Mientras que las naciones occidentales eran demasiado ignorantes para conocer el valor de los tesoros de la antigüedad, los Sarracenos los preservaban por la traducción al árabe de las obras científicas de ios Griegos.» Esta erudición llegó en parte a

Europa por los cruzados, pero había llegado antes y en mayor escala por las escuelas árabes de España. Ningún otro país en Europa tenía un contacto tan estrecho con el Islam, para bien y para mal, como los reinos de Castilla, Navarra y Aragón. Allí la pugna era de la mente tanto como de la espada. Allí por tres siglos se peleó una cruzada por la verdad, tanto como una lucha sobre el campo de batalla entre cristianos y musulmanes. En este conficto los antepasados de Raimundo Lulio jugaron su parte. Durante todos los años de la vida de Lulio, el dominio musulmán se mantuvo en Granada contra los reinos unidos españoles. Hasta el año 1492 no se expulsó al Sarraceno de la Europa meridional.

En cuanto a misiones en el siglo XIII, poco se puede decir. Había unas pocas almas escogidas a quienes el Espíritu de Dios iluminaba para ver las necesidades espirituales de Sarracenos y de Mongoles y para predicarles el Evangelio. En el año 1256 Guillermo de Rubruguis fué enviado por Luis IX al Gran Kan, en parte como diplomático, en parte como misionero. En el año 1219, Francisco de Asís con un valor loco, entró a la presencia del Sultán en Damietta y proclamó el camino de la salvación, ofreciéndose a sufrir la ordalía del fuego para probar la verdad del Evangelio. El general dominicano Rai-

mundo de Peñafort, que murió en el año 1273, también se dedicó a las misiones para los Sarracenos, pero sin éxito.

El único espíritu misionero de los siglos XII y XIII era el de los cruzados. Ellos tomaron la espada y perecieron por la espada. Pero «Raimunmundo Lulio se levantó como para probar con un ejemplo sorprendente, hacia el cual habían de volverse los ojos de toda la cristiandad por muchos días, lo que las Cruzadas hubiesen podido ser y hacer por el mundo, si se hubieran peleado por la cruz con las armas de Aquel, cuyas últimas palabras desde ella fueron de perdón y paz.» (1)

---

(1) Jorge Smith. «A Short History of Missions.»

CAPÍTULO II

La cuna y juventud de Raimundo Lulio

(A. D. 1235-1265)

«Creo que entiendo mejor al español altivo, endurecido y sobrio, y su reto varonil a los trabajos, desde que he visto el país en que habita... El país, las costumbres y aún la apariencia misma de las gentes, tienen algo del carácter árabe».—*«La Alhambra», de Washington Irving.*

Raimundo Lulio nació de ilustre familia en Palma de Mallorca, el año 1235 (1). Su padre había nacido en Barcelona y pertenecía a una distinguida familia catalana. Cuando se tomó a los Sarracenos la Isla de Mallorca por Jaime I, rey de Aragón, el padre de Lulio servía en el ejército conquistador. Por sus servicios eminentes se le premió con una donación de terreno en

(1) Algunas autoridades dan la fecha 1234, y una 1236, pero la mayoría está de acuerdo sobre el año 1235. Véase Baring Gould «Vida de los Santos», tomo VI, pág. 489.

el territorio conquistado, y las tierras crecieron en valor bajo el nuevo dominio.

La Europa meridional entre el Atlántico y la Adria es casi un duplicado del Africa septentrional en cuanto al clima y al paisaje. Cuando los moros cruzaron a España y ocuparon las Islas del Mediterráneo occidental se sintieron como en su tierra. No solamente en los nombres de los ríos y sierras y en la arquitectura de España, sino hasta en las costumbres populares, en la literatura y en la vida social, dejaron huellas de su conquista.

Cataluña, tierra de los antepasados de Lulio y por algún tiempo de él mismo, tiene unas cuarenta leguas de anchura por cincuenta y seis de longitud, con una costa de más de setenta y dos leguas.

Hacia el año 470 A. D. esta parte de la península fué ocupada por los godos, siendo llamada por esta razón Gotalandia, y más tarde Cataluña.

En el 712 se apoderaron de ella, como de casi toda la península, los berberiscos, que, a su vez, fueron arrojados por los naturales del país y las tropas de Carlomagno. En el año 1137 Cataluña se incorporó al Aragón. Los catalanes, por lo tanto, son una raza mixta. Siempre se distinguieron por su sobriedad, buen humor y laboriosidad; tienen abundante orgullo nacional y un



VISTA GENERAL DE PALMA DE MALLORCA

fuerte espíritu emprendedor. El idioma catalán y su extensa literatura se distinguen por completo de los de las demás regiones españolas. Las obras poéticas de Lulio se cuentan entre los ejemplos más antiguos que se conservan de la literatura catalana.

Las islas Baleares pertenecieron siempre a Cataluña por el carácter de su población y por su idioma. Durante un día despejado las islas se divisan claramente desde el Monasterio de Monserrat, y por mar, la distancia que separa a Barcelona de Palma es solamente ciento cuarenta millas. Entre estos dos puertos hubo siempre y hay ahora un tráfico muy animado. Mallorca tiene un área de ciento cuarenta y tres leguas cuadradas, un clima delicioso, un paisaje magnífico, y un puerto espléndido, Palma. Algunos de sus valles, tales como Valdemosa y Soller, gozan merecida fama por su frondosidad pintoresca. Las cuestas septentrionales de las sierras se hallan dispuestas en forma de terrazas, y en las llanuras abundan por todas partes el olivo, la vid y el almendro. Según la descripción de viajeros modernos es un paraíso terrenal. Durante el verano hay escasez de agua; sin embargo, siguiendo un sistema procedente de los árabes, las lluvias de otoño se recogen en grandes depósitos. Cada propietario riega sus campos pagando cierta suma.

Palma, el país natal de Lulio y el lugar que guarda su sepultura, es una bella ciudad de calles estrechas y con cierto aspecto de la Edad Media, con excepción de la parte donde el comercio moderno ha suplantado los edificios de carácter moro.

La catedral es aún un edificio prominente; empezó a construirse en el año 1230 y fué dedicada a la Virgen por el mismo rey Jaime que dió terrenos al padre de Lulio cerca de Palma. Todavía quedan partes del edificio original, y el visitante puede entrar en la capilla real (construída en 1232), con la certeza que si Lulio no estuvo allí alguna vez, al menos vió a menudo el exterior del edificio.

Palma probablemente debe su nombre y puerto a Metellus Balearicus, que en el año 123, A. d. C., estableció en la isla a tres mil colonos Romanos y Españoles, y cuya expedición se simboliza en las monedas Romanas por un ramo de palma. También dió su nombre al grupo de islas, y los honderos de los Baleares son nombrados con elogio en los «Comentarios» de César.

Hoy en día Palma es un puerto pequeño de mucho movimiento y mantiene un comercio directo con Valencia, Barcelona, Marsella, Cuba, Puerto Rico y aun con puertos de la América



LA CATEDRAL DE PALMA DE MALLORCA

del Sur. Su población asciende a unos sesenta mil. En otro tiempo Palma fué un gran centro para la construcción de buques y hay poca duda que en el tiempo de Lulio esta industria dió también importancia al pueblo. Ya en el siglo XIV se construyó un muelle de una longitud de trescientas ochenta y siete varas, para mejorar las condiciones del puerto de Palma. Esta ciudad pintoresca fué el suelo natal de nuestro héroe y todavía hoy sus habitantes conducen con orgullo a los forasteros a la iglesia de San Francisco, donde él yace sepultado. En el año 1886, fué impresa y publicada una nueva edición de las obras de Lulio por Rosselló, en Palma.

El significado o la derivación del apellido de Lulio se perdió en la obscuridad. Su nombre Raimundo es teutónico y significa «protección sabia» o «limpio en el habla.» Lo llevaron dos condes distinguidos de Tolosa (Francia): uno de ellos, Raimundo IV tomó parte en una cruzada, (1045-1105); y el otro (1156-1222) amparó a los Albigenses contra el Papa. Es posible que Lulio recibió su nombre en memoria de uno de aquellos héroes marciales, cuyas proezas se conocían bien en Cataluña.

De la infancia y juventud de Lulio no se sabe nada cierto. El estuvo acostumbrado desde su nacimiento, al lujo de la Edad Media, pues sus

padres poseían grandes terrenos y su padre se había distinguido por servicios militares. Lulio se casó muy joven, y teniendo afición a los placeres de la corte, salió de Palma trasladándose con su joven esposa a la península, donde fué hecho senescal en la corte del rey Jaime II de Aragón. De este modo pasó los años de la adolescencia en alegría y aun en libertinaje. Todo el entusiasmo y ardor de su carácter se exteriorizaron solamente en los placeres de la corte, y según su propio testimonio llevó una vida disoluta en aquella época de costumbres licenciosas. El vino, las mujeres y el canto, eran entonces como muchas veces después, los placeres principales de reyes y príncipes. A pesar de su casamiento, que había sido bendecido con hijos, Lulio buscaba fama de galán, y se halló envuelto en más de una intriga amorosa. Para esta clase de vida su posición le ofrecía tentaciones y oportunidades en abundancia.

Un senescal (literalmente: criado anciano) era el oficial de más importancia en la casa de un príncipe o noble de la Edad Media y tenía el cargo de las fiestas y ceremonias. Estas deben haber tenido lugar con frecuencia y con lujo en la corte de Jaime II, pues Aragón, antes del reinado de Fernando e Isabel, gozaba del gobierno más liberal de Europa. Según una autoridad, «el genio y los principios de la corte eran puramen-

te republicanos. Los reyes eran electivos, mientras que el verdadero ejercicio del poder estaba en manos de las Cortes, una asamblea que constaba de la nobleza, el orden ecuestre, los representantes de las ciudades y del clero. Veinte soberanos reinaron desde el año 1035 hasta el año 1516. En tal corte y en medio de tal asamblea, probablemente en la capital de Zaragoza, Lulio pasó varios años de su vida. Se había entregado a la música desde muy joven, y tocaba la cítara con destreza. Pero más fama tenía todavía como poeta cortesano.

Según su propia confesión, el tema de sus efusiones poéticas era a menudo los goces del amor desordenado. «Veo, oh Señor,—dice en sus Contemplaciones,—que los árboles producen cada año flores y fruta, cada uno según su género, de donde la humanidad deriva placer y provecho. Pero no fué así conmigo, pecador de mí; por treinta años no he producido fruto en este mundo, estorbaba la tierra, y aun era nocivo y pernicioso a mis amigos y mis vecinos. Por tanto, ya que un mero árbol, que ni tiene juicio ni entendimiento, es más fructífero que yo he sido, me avergüenzo en extremo y me tengo por digno de gran reproche» (1). En otra parte

(1) «Liber Contemplationis in Deo.» IX, 257 ed. 1740.

del mismo libro da gracias a Dios por la gran diferencia que ve entre las obras de su vida posterior y las de su juventud. «En aquél entonces, dice que todas sus acciones eran pecaminosas, y él gozaba de los placeres de una sociedad pecaminosa.»

Raimundo Lulio estaba dotado de grandes talentos de la mente y de entusiasmo. Tenía el alma de un poeta; pero al principio su genio se envileció en el cieno de placeres sensuales, como el de otros poetas, cuyas pasiones no están gobernadas por la religión. Sin embargo, haríamos injusticia a Lulio, si juzgáramos su vida en la corte por las normas de nuestro siglo cristiano. El ambiente que le rodeaba era el de la Edad Media, y él fué un caballero alegre en los banquetes de Jaime II, antes de hacerse filósofo, escolástico y misionero. Como caballero conocía tan bien la guerra y la equitación, que entre sus libros hay varios tratados sobre estas artes (1), primeramente escritos en catalán y después traducidos al latín. Sin duda, estos se escribieron como sus poesías amatorias, antes que él alcanzase la edad de treinta años. Era el poeta más popular de su época en España y su influencia sobre la poesía catalana se reconoce en tales términos de alabanza por las autoridades en la his-

(1) Para una lista de estas obras, véase Helfferich pág. 74, nota.

toria de la literatura española, que se le podría llamar el fundador de la escuela catalana de poesía. La importancia filológica de los escritos catalanes de Lulio, fué demostrada por Adolph Helfferich, en su libro sobre «Lulio y el orígen de la literatura catalana.» En aquella obra se dan muestras de su poesía y proverbios.

Parece que a la edad de treinta y dos años más o menos volvió a Palma, aunque hay poca certeza en cuanto a la fecha en sus biógrafos. Sea como quiera; fué en su país natal, donde Lulio nació de nuevo. Fué en la Iglesia franciscana, y no en la corte de Aragón, donde recibió su llamamiento final y se decidió a renunciar a todo y hacerse predicador de justicia. El hijo pródigo volvió en sí en medio de los puercos, y sus pies ya se dirigían hacia su casa, cuando vió a su padre; le vió, y su padre corrió fuera para encontrarle. La historia de San Agustín en el huerto de Milán, se repitió en Palma.

CAPÍTULO III

La visión y el llamamiento a servir

(A. D. 1266-1267.)

«Derramaré mi Espíritu sobre toda carne... y vuestros mancebos verán visiones.» *Joel II. 28.*

Cuando San Pablo relató al rey Agripa la historia de su vida, la clave para ella se encontraba en las palabras, «no fuí rebelde a la visión celestial.» La visión había llegado a él y le había sacado al punto de su carrera de acérrimo perseguidor. Todo lo que había hecho o intentaba hacer, pertenecía desde aquel momento al pasado. Se levantó del suelo y emprendió su vida de nuevo como uno que no podía desobedecer a la visión. Fué una visión de Cristo la que hizo de Pablo un misionero. Y no era éste el último ejemplo del cumplimiento de la gran profecía de Joel.

Aún el siglo XX no se atreve a burlarse de lo sobrenatural; una filosofía materialista no puede explicar los fenómenos del mundo del espíritu. Los cristianos del siglo XIII creían y veían visiones. Aunque una época de visiones está expuesta a ser una época visionaria, no fué del todo así con el siglo XIII. Las visiones de Francisco de Asís, de Catalina de Siena, de Pedro Nolasco y de otros en esta época, tuvieron un efecto tremendo sobre sus vidas y su influencia. Podemos dudar de la visión, mas no podemos dudar de sus resultados en las vidas de aquellos que profesan haberlas tenido. Llámeselo alucinación religiosa o imaginación piadosa si quiere, pero aún de este modo tiene fuerza. Ruskin dice que tal imaginación nos es dada «para que pudiésemos tener visiones del ministerio de los ángeles a nuestro lado y ver los carros de fuego sobre los montes que nos rodean.» En aquel siglo de mariolatría y adoración de ángeles e imitación de santos, no fué una visión de esta clase la que cautivó a Lulio, sino una visión de Jesús mismo. La historia, relatada en una biografía escrita con su consentimiento en sus días, es como sigue:

Una tarde el senescal estaba sentado sobre un diván, con su cítara sobre sus rodillas, componiendo un canto en alabanza de una dama noble casada, que le había fascinado, pero que

era insensible a su pasión. Súbitamente, en medio del himno erótico, vió a su derecha al Salvador pendiente de su cruz, con la sangre goteando desde sus manos y pies y frente y mirándole con expresión de reproche. Raimundo, redargüido por su conciencia, se levantó; no podía cantar más; dejó su cítara, y hondamente conmovido, se acostó. Ocho días después, otra vez intentó acabar el himno y otra vez tomó por tema los ruegos de un amante despreciado. Pero otra vez, como antes, le apareció la imagen del amor divino encarnado, la figura agonizante del Varón de Dolores. Los ojos moribundos del Salvador estaban fijos sobre él, llenos de tristeza y de ruegos:

Sus manos, su costado y pies
de sangre manaderos son
y las espinas de su sien
mi aleve culpa las clavó.

Lulio abandonó su laúd y se echó sobre su cama, presa del remordimiento. Había visto el más sublime y profundo amor, despreciado. Pero la idea de que un amor tan asombroso y divino demanda nuestra vida, nuestra alma, nuestro todo, no había surgido aún en su mente. El efecto de la visión era tan transitorio, que no estaba preparado a rendirse hasta que no se

repitió una y otra vez (1). Entonces Lulio no pudo resistir al pensamiento de que esto era un mensaje especial para él mismo, para vencer sus pasiones bajas y consagrarse enteramente al servicio de Cristo. Sintió como grabado sobre su corazón, el sublime espectáculo de la abnegación divina. Desde entonces en adelante él tenía solamente una pasión: amar y servir a Cristo. Pero aquí se levantó una duda, ¿cómo podré yo, manchado con impureza, levantarme y empezar una vida más santa? Se nos dice, que noche tras noche, quedaba desvelado, presa del desaliento y de la duda. Lloró como María Magdalena, recordando cuánto y cuán profundamente había pecado. Al fin le ocurrió el pensamiento: Cristo es manso y lleno de compasión; El invita a todos a llegarse a El; no me rechazará. Con este pensamiento vino el consuelo. Por haberle sido perdonado tanto, amó tanto más, y decidió abandonar el mundo y renunciar a todo por amor de su Salvador. Cómo fué confirmado en su resolución, lo veremos luego.

Entre paréntesis es necesario dar un segundo relato de la conversión de Lulio, que cuenta el

---

(1) «Tertio et quarto successivo diebus interpositis aliquibus Salvator in forma semper qua primitus, apparet.» (Por tres y cuatro veces, con intervalos de algunos días, se le apareció el Salvador siempre en la misma forma que la vez primera.)—«*Acta Sanctorum*», *página 669*.

autor de «Acta Sanctorum» y dice que le considera «improbable pero no imposible.» Según esta Historia Lulio pasaba un día por delante de la ventana de la casa donde vivía la dama Ambrosia, la señora casada, cuyo amor procuraba ganar en vano. Al pasar vió por un momento su cuello y seno de marfil. Al punto compuso y cantó un himno a su hermosura. La señora le hizo llamar y le mostró su pecho, que él había admirado tanto, carcomido por un espantoso cáncer. Luego le rogó llevara una vida mejor. A su vuelta a casa, Cristo se le apareció, y le dijo: «Raimundo, sígueme.» Renunció a su posición en la corte, vendió todas sus propiedades y se apartó al retiro de una celda sobre el Monte Randa. Esto fué allá por el año 1266. Cuando había pasado nueve años en el retiro, llegó a la conclusión de que Dios le llamaba para predicar el Evangelio a los Mahometanos. (1)

Algunos biógrafos no mencionan para nada este retiro de nueve años en una celda del Monte Randa, próximo a Barcelona, aunque todos están de acuerdo que la conversión de Lulio tuvo lugar en Julio de 1266. Las visiones y conflictos y experiencias espirituales por que pasó en el Monte

---

(1) Véase el artículo por Rev. Edwin Wallace de la Universidad de Oxford en la Enciclopedia Británica.

Randa, valieron a Lulio el título de «Doctor Illuminatus», el erudito alumbrado por el cielo. Y si consideramos la vida que resultó de aquellas visiones, no podemos negar que en aquel siglo oscuro el cielo iluminó en verdad a Lulio para conocer el amor de Dios y para hacer la voluntad de Dios como ningún otro en su día y su generación.

Volvamos a la historia de su conversión, tal como el mismo Lulio la cuenta en aquella obra «Sobre la Contemplación divina», que se puede poner al lado de «Gracia que abundó», por Bunyan (1), y de las «Confesiones», de San Agustín, como la biografía de un alma arrepentida.

Después de las visiones llegó a la conclusión que no podía dedicar sus energías a una obra más sublime que la de proclamar el mensaje de la Cruz a los Sarracenos. Sus pensamientos se habían de inclinar de un modo natural en tal sentido. Las islas de Mallorca y Menorca habían estado hasta hacía muy poco en manos de los Sarracenos. Su padre había desenvainado su espada al servicio del rey de Aragón contra aquellos enemigos del Evangelio; ¿por qué no había de desenvainar el hijo ahora la espada del Espíritu contra ellos? Si las armas carnales de los

---

(1) «Gracia que abundó para el primero de los pecadores», es una admirable biografía de Juan Bunyan, el autor de «El Peregrino», escrita por él mismo.

caballeros cruzados habían fracasado para conquistar a Jerusalén, ¿no había llegado la hora de tocar la trompeta para una cruzada espiritual por la conversión de los Sarracenos? Tales eran los pensamientos que llenaban su mente. Pero entonces—dice,—se presentó una dificultad. ¿Cómo podía él, un lego, en una época en que la Iglesia y el clero eran supremos, empezar una obra semejante? Al instante se le ocurrió que al menos se podría hacer un comienzo escribiendo una obra que demostrara la verdad del cristianismo y convenciera a los guerreros de la media luna de sus errores. Sin embargo, tal libro no sería entendido por ellos, si no fuese escrito en árabe, y él no conocía este idioma; otras dificultades se presentaron y casi le llevaban a la desesperación. Lleno de tales pensamientos fué un día a una iglesia vecina y derramó toda su alma delante de Dios, rogándole que si El era quien le inspiraba aquellos pensamientos, le diera también el poder para realizarlos. (1)

(1) «Vita Prima,» pág. 662 «Dominum Jesum Christum devote, fleus largiter exoravit, quatenus haec praedicta tua quae ipse misericorditer inspiraverat cordi suo, ad effectum sibi placitum perducere dignaretur.» (Devotamente y con lágrimas rogó por largo tiempo al Señor Jesucristo que si era Él mismo quien en su misericordia había inspirado aquel pensamiento en su corazón, se dignara por su gracia llevarlo a realización.) Algunas autoridades ponen un período corto de una vuelta hacia atrás entre su conversión y el relato del sermón del fraile que sigue en nuestra narración.

Era esto durante el mes de Julio. Sin embargo, aunque los deseos viejos y la vida vieja estaban pasando, no todo era aún nuevo. Durante tres meses dejó a un lado su gran designio y luchó con las antiguas pasiones para vencerlas. El día 4 de Octubre, fiesta de San Francisco de Asís, Lulio fué a la iglesia de los Franciscanos, en Palma y escuchó de los labios del fraile predicador la historia del «Esposo de la pobreza.» Oyó como el hijo de Pietro Bernadone di Mericoni, que en un tiempo había sido el primero en hechos de guerra y en placeres mundanos, fué hecho prisionero en Perugia y enfermó, hasta el punto de estar a las mismas puertas de la muerte; cómo vió visiones de Cristo y del mundo venidero; cómo, después de subir de su calabozo, cambió su traje vistoso por el de un mendigo, visitando los enfermos, asistiendo a los leprosos y predicando el Evangelio; cómo en el año 1219 delante de las murallas de Damietta aquel fraile misionero pasó a los infieles y testificó de Cristo delante del Sultán, declarando: «No soy enviado por los hombres, sino por Dios, para mostrarte el camino de la salvación.»

Las palabras del predicador reavivaron los fuegos del amor, medio apagados en el corazón de Lulio. Ahora se decidió de una vez para siempre. Vendió todas sus propiedades, que eran

considerables, dió el dinero a los pobres, reservando una cantidad escasa para su esposa e hijos. Este fué el voto de su consagración, según sus propias palabras: «A ti, Señor Dios, me ofrezco ahora y a mi mujer e hijos y todo lo que poseo; y ya que me acerco a ti humildemente con esta dádiva y sacrificio, dígnate aceptar todo lo que ahora doy y ofrezco por amor tuyo, para que yo y mi mujer y mis hijos seamos tus humildes esclavos.» (1) Era un pacto de consagración completa y la referencia repetida a su mujer e hijos demuestra, que las pasiones errantes de Raimundo Lulio, habían hallado al fin reposo. Era un pacto de *familia* y por esta señal conocemos que Lulio se despidió para siempre de antiguos compañeros y de su vida de pecado.

Tomó el traje burdo de un mendigo, hizo peregrinaciones a distintas iglesias en la isla, y rogó por gracia y ayuda en la obra que había resuelto emprender. El manto de la sucesión apostólica, cayó de Francisco de Asís, muerto hacía cuarenta años, sobre el lego de Palma, ahora hombre de treinta años. De las órdenes mendicantes de la Edad Media, sus preceptos y ejemplo, Lulio derivó en parte su devoción apasionada, ascética y desinteresada. La mayoría de

(1) «Liber Contemplationis in Deo.» XCI, 27.



PUERTA DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO
en Palma de Mallorca.

sus biógrafos aseguran que se hizo fraile franciscano, pero esto es dudoso, especialmente si se tiene en cuenta que algunos de sus biógrafos más antiguos fueron ellos mismos de aquella orden y, naturalmente, habían de buscar para ella la gloria de su memoria.

Eymerich, dominicano catalán e inquisidor de Aragón después del año 1356, declara expresamente que Lulio era un lego comerciante y hereje. Durante el año 1371 el mismo Eymerich señaló quinientas proposiciones heréticas en las obras de Lulio, y a consecuencia de esto Gregorio XI prohibió algunos de aquellos libros. El franciscano Antonio Wadding y otros, defendieron después calurosamente a Lulio y sus escritos, pero los jesuítas han sido siempre hostiles a su memoria. La Iglesia Católico Romana, por tanto, vaciló largo tiempo si debía condenar a Lulio como hereje o reconocerle como mártir y santo. No fué canonizado nunca por ningún papa, pero en España y en Mallorca todos los buenos católicos le consideran como un santo franciscano. En una carta que recibí del actual obispo de Mallorca, él habla de Raimundo Lulio como de «un hombre extraordinario de virtudes apostólicas y digno de toda admiración.»

Federico Perry Noble, hablando de la conversión de Lulio, dice: «Su nuevo nacimiento, nótese bien, resultó de una pasión por Jesús. La fe de

Lulio no era sacramental, sino personal y viva, más católica que romana.» Así como los catalanes fueron los primeros para alzarse en protesta y revolución contra la tiranía del Estado de la Edad Media, así su paisano se distingue por haberse atrevido a obrar aparte de la tiranía de la Iglesia y haber inaugurado los derechos de los legos. La vida interior de Lulio tiene su clave en la historia de su conversión. El Divino Amor encarnado venció al amor carnal, y toda la pasión y poesía del genio de Lulio se humilló en sumisión a la cruz. La visión de su juventud explica el lema de los días de su vejez: «El que no ama, no vive; el que vive por la Vida, no puede morir.» La imagen del paciente Salvador, siguió siendo durante cincuenta años, la principal fuerza impulsora de su ser. El amor al Cristo personal llenó su corazón, moldeó su mente, inspiró su pluma y puso en su alma el anhelo de la corona del martirio. Muchos años después, cuando buscaba una prueba razonable para el mayor de los misterios de la revelación y el mayor de los tropezaderos para los musulmanes, la doctrina de la Trinidad, recordó una vez más la visión. Su prueba de la Trinidad era el amor de Dios en Cristo, tal como nos ha sido revelado por el Espíritu Santo.

CAPÍTULO IV

Preparación para el conflicto

(A. D. 1267-1274.)

«Sive ergo Mahometicus error haeretico nomine deturpetur; sive gentilii aut pagano infametur; agendum contra eum est, scribendum est.» *Petrus Venerabilis*, † 1157.

Injúriase, pues, al error mahometano con el nombre de herejía; se le infama como gentil o pagano; ha de obrarse, ha de escribirse, contra él.

«Aggredior vos, non ut nostri saepe faciunt, armis, sed verbis, non vi sed ratione, non odio sed amore.»—*Ibid.*

Acométoos, no como los nuestros lo hacen frecuentemente, con armas, sino con palabras, no con la fuerza, sino con la razón, no con odio sino con amor.

Por su decisión intrépida de acometer al Islam con las armas de la filosofía cristiana, y en el conflicto de toda su vida contra esta herejía gigantesca, Lulio resultó ser el Atanasio del siglo XIII. El problema de misiones a los Musulmanes, a principios del siglo XX, no es mayor que en aquel

entonces. Es verdad que el Islamismo no estaba tan extendido, pero era no menos agresivo, y, si cabe, aun más arrogante. El mundo musulmán estaba más unido, y desde Bagdad a Marruecos los Mahometanos se daban cuenta de que las cruzadas habían sido una derrota de la cristiandad. La mitad de España estaba bajo el dominio musulmán. En todo el norte de Africa el poder sarraceno aumentaba. Hubo muchas conversiones al Islam en Georgia y millares de coptos cristianos en Egipto abandonaban la religión de sus padres, para abrazar la fe de los conquistadores mamelucos. Era precisamente, por aquel tiempo, cuando el Islam empezó a extenderse entre los Mongoles. Predicadores musulmanes propagaban su fe en India por el Ajmir y el Punjab. El archipiélago Malayo empezó a oir hablar de Mahoma en la época del nacimiento de Lulio (1). Beybars I, el primero y el más grande de los sultanes mamelucos, ocupaba el trono de Egipto. Un hombre de grandes hazañas, actividad incesante y ortodoxia rígida, realizó toda clase de esfuerzos para extender y reforzar la religión del estado. El Islam poseía poder político y prestigio. Dominaba en la filosofía y la

(1) Arnold: «Predicación del Islam», tabla sincronológica, página 389. 1896.

ciencia. Al principio del siglo XIII, las obras científicas de Aristóteles, se tradujeron del árabe al latín. Rogelio Bacon y Alberto Magno eran tan eruditos, que el clero les acusaba de tener relaciones con los Sarracenos.

Tal era el mundo musulmán que Lulio se atrevió a desafiar y se propuso acometer con las nuevas armas del amor y de la erudición, en lugar de las armas de los cruzados, el fanatismo y la espada. El mundo cristiano en el siglo XIII no amaba a los Musulmanes ni tampoco comprendía su religión. Marco Polo, contemporáneo de Lulio, escribió: «No te maravilles de que los Sarracenos odien a los cristianos, pues la ley maldita, que Mahoma les dió, les manda hacer todo el daño que pueden a todos los demás pueblos y especialmente a los cristianos, despojarlos de sus bienes y hacerles toda clase de daños. De este modo obran los Sarracenos por todo el mundo.» (1)

Dante da expresión a la idea común de esta época, cuando coloca Mahoma en lo más profundo de su «Infierno», describiendo su suerte con lenguaje tan horrible, que ofende a oídos delicados. (2). Pero cosas aún peores decían del

---

(1) «Viajes de Marco Polo», edición del coronel Yule, tomo I, página 69.

(2) «La Divina Comedia», canto XXVIII, 20-39.

profeta árabe en prosa otros de los contemporáneos de Lulio. Una crasa ignorancia y un gran odio se hallaban unidos en casi todos los que intentaron describir el Mahometismo.

Alanus de Insulis (1114-1200), fué uno de los primeros en escribir un libro sobre el Islam en latín, y el título demuestra su ignorancia: «*Contra paganos seu Mahometanos*». ¡Coloca a los Musulmanes con los Judíos y los Valdenses como de la misma clase! El Occidente de Europa, según Keller, ignoraba aun el siglo en que Mahoma había nacido; e Hildeberto, arzobispo de Tours, escribió un poema sobre Mahoma, en el cual se le representa como apóstata de la Iglesia Cristiana. Pedro Venerabilis, cuyas significativas palabras encabezan este capítulo, fué el primero que tradujo el Korán y estudió el Islam con entendimiento y erudición. Hizo un llamamiento para que se tradujeran porciones de las Escrituras, al idioma de los Sarracenos, y afirmó, que el Korán mismo contenía armas con que podía atacarse la fortaleza del Islam. Pero, ¡ay! añadió a esto la excusa del escolar siempre ocupado con sus libros: «Yo mismo no tengo tiempo para entrar en la batalla.» Fué el primero en distinguir entre lo verdadero y lo falso; en la enseñanza de Mahoma y con juicio penetrante expuso los elementos paganos y cristianos en el

Islam. Pedro Venerabilis tomó la pluma de la controversia y se acercó al Musulmán, como dice: «No con armas sino con palabras, no con la fuerza sino con la razón, no con odio sino con amor;» y hasta aquí era el primero animado por el espíritu misionero verdadero hacia los Sarracenos. Pero no salió a ellos. Estaba reservado para el caballero español recoger el desafío y salir solo contra los Sarracenos «no con la fuerza sino con la razón, no con odio sino con amor». Fué Raimundo Lulio, el que escribió: «*Veo muchos caballeros marchar a Tierra Santa, más allá de los mares, y con el pensamiento de que la puedan adquirir por la fuerza de las armas; pero al cabo todos ellos perecen antes de alcanzar lo que piensan poseer. Por tanto me parece que no se había de procurar la conquista de la Tierra Santa, excepto a la manera por la cual Tú y tus apóstoles la adquirieron, es decir, por el amor y las oraciones y el derramamiento de lágrimas y de sangre.*»

Lulio estaba preparado a dar este sacrificio sobre el altar. La visión permanecía con él, y su amor a Dios demandaba ser puesto en ejercicio mostrando aquel amor a los hombres.

No tenía duda ninguna de que Dios le había escogido para predicar a los Sarracenos y ganarlos para Cristo. Solamente dudaba en cuanto al

método mejor a proseguir. Toda la historia pasada de su suelo nativo, y el conflicto todavía en progreso en España, acentuaban para él la inmensidad de la tarea que delante tenía.

El caballero de Cristo comprendía que no se podría aventurar a entrar en la arena sin tener una buena armadura. El hijo del soldado que peleó contra los moros sobre muchos campos de batallas sangrientas, se daba cuenta de que los Sarracenos eran adversarios dignos. El senescal educado sabía que los colegios árabes de Córdoba eran el centro de la cultura europea, y que no era tan fácil convencer a un Sarraceno como a un bárbaro de la Europa Septentrional.

En un tiempo, según leemos, Lulio pensó trasladarse a París, a fin de prepararse allí para la controversia con los Musulmanes, por el estudio científico, intenso y diligente. En París se hallaba en el siglo XIII la universidad más célebre de la cristiandad. Y durante el reinado de San Luis, Roberto de Sorbon, un sacerdote común, fundó en el año 1253 un colegio teológico sin pretensiones, que llegó a ser la célebre facultad de la Sorbonne, con una autoridad casi tan grande como la de Roma.

Pero el consejo de su pariente, el dominico Raimundo de Peñafort, le disuadió; decidió quedarse en Mallorca y continuar sus estudios y

preparación privadamente. En primer lugar trazó planes para dominar a fondo el idioma árabe. Obtener un maestro no era asunto fácil, pues hacía años que Mallorca había pasado de los Sarracenos al poder cristiano, y además ningún Musulmán fervoroso se prestaría a enseñar el idioma del Korán a uno que tenía el propósito declarado de acometer al Islam con las armas de la filosofía.

Por tanto, decidió comprar un esclavo sarraceno, y con este maestro, nos dicen sus biógrafos, Lulio prosiguió sus estudios de árabe durante un período de más de nueve años. ¿Sería posible dar una prueba más clara de que Lulio era el mayor, así como el primero, entre los misioneros a los Musulmanes?

Después de este largo aprendizaje, que bien podemos suponer tuvo el mejor éxito, con el esclavo sarraceno, un incidente trágico interrumpió sus estudios. Lulio había aprendido el idioma del Musulmán; pero el esclavo musulmán no había aprendido aún el amor de Cristo, ni tampoco su discípulo. En medio de sus estudios ocurrió que el Sarraceno blasfemó en una ocasión contra Cristo. Cómo, no se nos dice; pero los que trabajan entre los musulmanes, saben qué palabras tan crueles y groseras pueden salir de labios mahometanos contra el Hijo de

Dios. Cuando Lulio oyó la blasfemia, lleno de indignación, dió una fuerte bofetada a su esclavo. El Musulmán, herido en lo más vivo, sacó un arma, atentó contra la vida de Lulio y le hirió gravemente. Fué prendido y encarcelado. Temiendo tal vez la pena de muerte por asesinato frustrado, el esclavo sarraceno se suicidó. Era un comienzo triste para Lulio en su obra de preparación. La paciencia no había tenido aún su obra perfecta. Más que nunca sintió Lulio entonces que «El que no ama no vive.» La visión de la Cabeza coronada de espinas volvió a su mente; no podía olvidar su pacto.

Aunque se retiró durante ocho días a un monte para ocuparse en la oración y en la meditación, no vacilaba, sino que perseveraba en su resolución. Como en el caso de Enrique Martyn con su munshi, Sabat, que le amargaba la vida, la experiencia de Lulio con su esclavo sarraceno, fué una escuela de fe y paciencia.

Además de sus estudios en árabe, Lulio pasó estos nueve años en la meditación espiritual, en lo que llama contemplando a Dios.

«Despierta la mirada,
de la tierra apartábase y celestes
realidades eternas contemplaba.
De Dios el pensamiento le inundaba
de ilimitado gozo; su alma hambrienta

en El hallaba su festín, cual otro
seráfico Francisco en su pequeña
santa celda de Asís; y conocía
todo el dolor, el hondo desaliento
del santo, la conciencia de la culpa,
la oscura duda; mas al fin la plena
certeza del perdón, cuando las puertas
del cielo se abren a la fe extasiada.»

Mientras se ocupaba de esta manera, se le ocurrió la idea de componer una obra que había de contener una demostración estricta y formal de todas las doctrinas cristianas, de tal fuerza probatoria, que los Musulmanes no pudieran menos que reconocer su lógica, y por consiguiente abrazar la verdad. Tal vez la idea le fué sugerida por Raimundo de Peñafort, pues él fué quien había persuadido a Tomás de Aquino, unos años antes a componer su obra «Sobre la fé católica» o «Sumario contra los Gentiles.» (1)

En la introducción de Lulio a su «Necessaria Demonstratio Articulorum Fidei», él hace referencia al tiempo en que la idea de un libro de controversia para Musulmanes empezó a posesionarse de él, y ruega «al clero y a los hombres sabios entre los legos examinen sus argumentos contra los Sarracenos, en demostración de la fe

(1) Maclear: «History of Missions», pág. 358, donde se citan autoridades.

cristiana.» Pide ansiosamente que se le indiquen cualesquiera puntos flacos, en su tentativa de convencer a los Musulmanes, antes de enviar el libro a realizar su misión.

Con tal fuerza se posesionó de su mente esta idea, que acabó por considerarla como una revelación divina, y después de trazar el plan de tal obra, la llamó «Ars Major sive Generalis.» Este sistema universal de lógica y filosofía había de ser el arma de Dios contra todos los errores, y más especialmente contra los errores del Islam.

Lulio había ya pasado de los cuarenta años. Todas sus fuerzas intelectuales habían alcanzado la madurez. Se retiró al sitio cerca de Palma, donde la idea por primera vez brilló en su mente, y se quedó allí por cuatro meses, escribiendo el libro y pidiendo la bendición divina sobre sus argumentaciones. Según uno de sus biógrafos (1), fué en aquel entonces cuando Lulio tuvo entrevistas con un cierto pastor misterioso, «quem ipse numquam viderat alias, neque de ipso audiverat quenquam loqui.» (2) ¿Es posible que esto se refiere solamente al Gran Pastor y a las experiencias espirituales de Lulio, muy lejos de sus amigos y de su familia, en algún sitio solitario cerca de Palma?

(1) «Vita Prima» en «Acta Sanctorum», 663.

(2) «A quien él mismo nunca antes había visto ni oído hablar de él.»



MIRAMAR - MALLORCA

La «Ars Major» se completó finalmente en el año 1275. Lulio tuvo una entrevista con el rey de Mallorca y bajo el patrocinio de éste se publicó el primer libro de su «método» nuevo. Lulio también empezó a dar conferencias en público sobre él. Este tratado notable, aunque designado en un sentido para la obra especial de convencer a Musulmanes, había de incluir «un arte universal de adquisición, demonstración, confutación» y pretendía «cubrir todo el campo de los conocimientos y reemplazar los métodos inadecuados de escolásticos anteriores.» Acerca del *método* de la filosofía de Lulio, hablaremos más adelante, cuando nos ocupemos de su enseñanza y de sus libros. Sin embargo, unas pocas palabras respecto al *propósito* del método de Lulio, vienen al caso ahora.

En la edad de la escolástica, cuando se debatía seriamente sobre toda clase de cuestiones pueriles en las escuelas, y la filosofía carecía de todo sentido práctico, fué Lulio quien se propuso emplear la gran arma de aquella época, la dialéctica, al servicio del Evangelio y para el fin práctico de convertir a los Sarracenos. Admitamos que era un escolástico, pero también era un misionero. Su filosofía escolástica se ennoblece por su ardiente celo para la propagación del Evangelio y por su amor a Cristo, que purifica toda su

escoria en las llamas de la pasión por las almas.

Podemos sonreir ante la dialéctica de Lulio y al considerar sus «círculos y tablas para encontrar las diferentes maneras en que las categorías se aplican a cosas»; pero nadie puede menos que admirar al espíritu que inspiró el método. «En su empeño de dar a la razón su lugar en la religión, en su demanda de presentar al mundo pagano un cristianismo *racional*, Lulio va mucho más allá de las ideas y las aspiraciones del siglo en que vivió.» (1)

No hay que olvidar una cosa al juzgar el carácter de su método y el largo tiempo que Lulio empleó en prepararse para su obra. La fuerza del Islam en la edad de la escolástica era su filosofía. Después de familiarizarse con el espíritu de los escritos filosóficos árabes, y de ver sus errores, no quedaba otra cosa para un hombre del intelecto de Lulio, sino encontrarse con aquellos filósofos sarracenos en su propio terreno. Avicenna, Algazel y Averroes ocupaban el trono de la cultura musulmana y dominaban el pensamiento musulmán. El objeto de Lulio era socavar su influencia y llegar así al corazón musulmán con el mensaje de la salvación. Para tal conflicto y tal época sus armas estaban bien escogidas.

---

(1) «Enciclopedia Británica,» tomo XV, pág. 64.

CAPÍTULO V

En Montpellier, París y Roma

(A. D. 1275-1298.)

«Tengo solamente una pasión y es El—sólo El.»—*Zinzendorf.*

«En su aserto de que hay lugar en la religión para el ejercicio de la razón y en su demanda que se presentara ante el Islam un cristianismo racional, este Don Quijote de su época pertenece a nuestros días.»—*Frederic Perry Noble.*

Es difícil seguir la historia de la vida de Lulio en un orden cronológico exacto, porque las fuentes a nuestra disposición no siempre están de acuerdo en las fechas. Sin embargo, agrupando los acontecimientos de su vida, surge de la confusión algún orden. La obra que ocupó la vida de Lulio fué triple: Ideó un sistema filosófico o educativo para persuadir a los que no eran cristianos de la verdad del Cristianismo; estableció

colegios misioneros; y él mismo fué a predicar a los Musulmanes sellando su testimonio con el martirio. La historia de su vida se relata y se recuerda mejor si seguimos esta clave de sus muchos años de servicio amoroso. El mismo Lulio, cuando tenía unos sesenta años, pasa revista a su vida con estas palabras: «Tenía mujer e hijos; disponía de riquezas moderadas; llevaba una vida mundana. Todas estas cosas renuncié gozosamente con el fin de promover el bien común y extender la santa fe. Aprendí el árabe. Varias veces he viajado al extranjero para predicar el Evangelio a los Sarracenos. Por amor de la fe fuí encarcelado y azotado. *He trabajado cuarenta y cinco años para ganar a los pastores de la iglesia y a los príncipes de Europa para el bien común de la Cristiandad.* Ahora soy viejo y pobre; sin embargo todavía permanezco en el mismo propósito. Perseveraré en él hasta la muerte, si el Señor lo permite.»

La sentencia que hemos subrayado es el asunto de que se trata en este capítulo: la historia de los esfuerzos de Lulio para fundar escuelas misioneras y para persuadir a papas y príncipes de que la verdadera cruzada había de hacerse con la pluma y no con la espada. Era una gran idea y de sorprendente novedad en los días de Lulio. Era una idea que, después de su plan predilecto de filo-

sofía, dominó toda su alma. Ambas ideas entraban de lleno en el terreno de la obra misionera e influían la una sobre la otra.

Tan pronto como Lulio había completado su «Ars Major», y conferenciado sobre ella en público, empezó a persuadir al rey Jaime II, que había oido de su celo, a fundar y dotar un monasterio en Mallorca, donde frailes Franciscanos habían de instruirse en el idioma árabe y prepararse para ser aptos controversistas entre los Musulmanes. El rey aceptó gustosamente la idea, y en el año 1276, se abrió un convento de esta índole, donde trece frailes comenzaron a estudiar el método de Lulio y a compenetrarse del espíritu de Lulio. No aspiraba él a crear meramente una escuela de teología o filosofía; la preparación ideal que él proponía para el campo extranjero, era más adelantada que la de muchos colegios teológicos de nuestro siglo. ¡Incluía en su curso la geografía de misiones y el idioma de los Sarracenos! «El conocimiento de las regiones del mundo—escribió—es necesario, en extremo, para la república de los creyentes y la conversión de los no creyentes, y para resistir a los infieles y al Anticristo. El hombre que no conoce la geografía, no solamente ignora por donde anda, sino también a donde va. Ya procure la conversión de los infieles, ya trabaje para

otros intereses de la iglesia, es indispensable que conozca las religiones y las condiciones geográficas de todas las naciones.» Esta es una meta muy elevada para la edad oscura. El explorador de Africa, seis siglos antes que Livingstone, sentía lo que este último expresó más concisamente, pero no con mayor fuerza: «El fin de las hazañas geográficas es el principio de las empresas misioneras.»

Las autoridades no están de acuerdo, si este colegio de Lulio para preparar misioneros se abrió bajo el patrocinio del rey, en Palma, o en Montpellier. Por el hecho de que Lulio en el año 1297 recibió cartas en Montpellier del general de los Franciscanos recomendándole a los superiores de todas las casas franciscanas, parece que había trabado relaciones con la hermandad allí muy pronto.

Montpellier, ahora una ciudad de gran importancia en el Sur de Francia, próxima al Golfo de Lyon, cuenta su prosperidad desde principios del siglo XII. En el año 1204 vino a depender de la casa de Aragón por casamiento, y así quedó hasta el año 1350. Varios concilios de la Iglesia tuvieron lugar allí durante el siglo XIII, y en el año 1292 el papa Nicolás IV, probablemente por la influencia de Lulio, fundó una universidad en Montpellier. Su colegio médico tenía fama du-

rante la Edad Media, y contaba entre sus profesores Judíos eruditos, que se habían educado en los colegios moros de España.

En Montpellier empleó Lulio tres o cuatro años estudiando y enseñando. Aquí muy probablemente escribió sus obras sobre medicina y algunos de los libros en que solicitaba ayuda para abrir otras escuelas misioneras. En un párrafo aboga por la consagración a esta causa, con palabras tan ardientes como éstas: «Apenas hallo uno, oh Señor, que por amor tuyo esté dispuesto a sufrir el martirio como tú has sufrido por nosotros. Me parece razonable, si se pudiera conseguir un estatuto con este objeto, que los frailes aprendiesen varios idiomas, para prepararles a salir y entregar sus vidas por amor a Ti... Oh , Señor de gloria, si llegara alguna vez ese día bendito, en que viera tus santos frailes impulsados de tal modo por el celo de tu gloria que salieran a tierras extranjeras con el propósito de testificar de tu ministerio santo, de tu encarnación bendita y de tus sufrimientos amargos, aquel sería un día glorioso, un día en el cual volvería aquel ardor de devoción con el cual los santos apóstoles hallaron la muerte por amor de su Señor Jesucristo.» (1)

---

(1) «Liber Contemplationis in Deo», CX. 28, tomo IX 246.

Lulio anhelaba con toda su alma un nuevo Pentecostés y misiones por todo el mundo. Montpellier era pequeño para ser su parroquia, aunque era solo un lego. Su ambición era según sus propias palabras, «ganar los pastores de la Iglesia y los príncipes de Europa», para que fueran entusiastas misioneros como él mismo. ¿Dónde había de apoyar su palanca para producir un levantamiento en este sentido, salvo en el mismo centro de la Cristiandad? Los papas habían inaugurado y promovido las cruzadas sangrientas; tenían las llaves del poder espiritual y temporal; su mandato en la Edad Media era como una voz del cielo; su favor era el rocío de la bendición.

Además, el buen éxito de Lulio con el rey de Aragón, le inspiraba la esperanza de que el pastor principal de la Cristiandad demostraría igual interés en sus planes.

Por tanto emprendió un viaje a Roma en el año 1286, esperando conseguir de Honorio IV la aprobación de su tratado y ayuda para la fundación de escuelas misioneras en varias partes de Europa. Honorio se distinguió durante su breve pontificado por su celo y amor a la erudición. Limpió los estados papales de cuadrillas de bandidos y procuró, a favor del estudio, fundar una escuela de lenguas orientales en París. Es posi-

ble, si hubiese vivido, que Lulio hubiera conseguido su propósito. Honorio murió el 3 de Abril de 1287.

Raimundo Lulio llegó a Roma, pero halló el trono papal vacante y todos preocupados con una sola cosa, a saber, la elección de un sucesor. Esperaba tiempos más tranquilos, pero siempre tropezaba con nuevos impedimentos. Sus planes tropezaron a veces con el ridículo y hallaron poco aliento. Los cardenales se interesaban más en sus ambiciones personales que en la conversión del mundo.

Nicolás IV sucedió en el trono papal, y su carácter era tal, que no nos extraña ver a Lulio desistir de la idea de persuadirle a hacerse misionero. Era un hombre sin fe, y su monstruoso desdén de los tratados y juramentos en la controversia con el rey de Aragón, Alfonso, hería de muerte toda honorabilidad. El quería combatir a los Sarracenos solamente con la espada, y procuró activamente, pero en vano, organizar otra cruzada. Diez años tuvieron que transcurrir hasta que Lulio se atreviera de nuevo a apelar a un papa.

Desengañado en Roma, Lulio marchó a París, y allí conferenció en la Universidad sobre su «Ars Generalis», escribiendo otras obras sobre varias ciencias, pero más que todo preparando sus

obras de controversia y buscando propagar sus ideas de la conquista del mundo. En uno de sus libros ruega fervientemente que *«frailes de vida santa y de gran sabiduría formasen instituciones a fin de aprender varios idiomas y de capacitarse para predicar a los paganos.»* No había llegado la hora.

Al fin, cansado de buscar ayuda para sus proyectos, en los cuales nadie se interesaba, determinó probar la fuerza del ejemplo. Aunque contaba ya cincuenta y seis años, se decidió a salir solo y predicar a Cristo en el Africa del Norte. De este primer viaje misionero daremos cuenta en el capítulo siguiente.

A su vuelta de Túnez en el año 1292, Lulio se llegó a Nápoles. Allí su carácter fué expuesto a una nueva influencia. Entabló conocimiento con el alquimista y noble piadoso, Arnoldo de Villanova.

Que Lulio alcanzara, en efecto, destreza para trasmutar metales y escribiera algunas de las muchas obras sobre alquimia que se le atribuyen, es cosa que tal vez nunca se podrá asegurar. Me inclino a pensar que esta parte de su historia es una leyenda medioeval. Sin embargo, un hombre de las inclinaciones de Lulio, debió absorber no poco de aquel espíritu que atrajo sobre Arnoldo de Villanova la censura de la Iglesia por

sostener que «la medicina y la caridad eran más agradables a Dios que los servicios religiosos.» Arnoldo enseñaba que los frailes habían corrompido la doctrina de Cristo; que es inútil decir misas; y que el papado era una obra humana. Sus escritos fueron condenados por la Inquisición, como lo fueron las obras de Lulio. Tal vez estos hermanos en herejía fueron realmente protestantes en sus corazones y su amistad era semejante a la de los amigos de Dios.

Durante unos pocos años después, la escena de los trabajos de Lulio cambió continuamente. Primero volvió a París, reanudó allí su enseñanza y escribió su «Tabula Generalis» y «Ars Expositiva». En el año 1298 consiguió establecer en París bajo la protección del rey Felipe el Hermoso, un colegio, en el cual se enseñaba su método. Pero en toda la Francia reinó entonces una gran agitación por causa de la guerra contra los Templarios y el conflicto con el papa Bonifacio VIII. Había poco lugar para el estudio de la filosofía y ninguna inclinación para pensar en propagandas entre los Sarracenos.

Los pensamientos de Lulio volvieron otra vez a Roma. Pero, ¡ay! Roma en el siglo XIII era el último sitio en toda Europa en que pudiera encontrarse el espíritu de la abnegación o el espíritu de Misiones Cristianas. Allá por el año 1274

la cesación de milagros en la Iglesia servía de argumento a un defensor de las cruzadas para obligar a la Iglesia a recurrir a las armas. El papa Clemente IV (1265-68) aconsejó combatir al Islam por la fuerza de las armas. Por regla general los papas se aferraron a la idea de las cruzadas como el ideal de las misiones.

Lulio visitió a Roma por segunda vez entre los años 1294 y 1296. Había oído noticias de la elevación de Celestino V al trono papal y con cierta razón esperaba que este papa favoreciera su causa. Celestino era un hombre austero, fundador de una orden de frailes y celoso por la fe. Al 15 de Julio, 1294, fué elegido, pero forzado por las maquinaciones de su sucesor, dimitió el 13 de Diciembre del mismo año. Fué encarcelado cruelmente por el nuevo papa Bonifacio VIII, y murió dos años después. Bonifacio era atrevido, avaro y dominante. Sus ambiciones se concentraban en él mismo. Llevó sus planes para la exaltación de sí mismo hasta el límite del frenesí y después se volvió loco. Lulio no encontró por este lado ni simpatía ni asistencia.

Desde el año 1299 hasta 1306, en que hizo su segundo gran viaje al Africa del Norte, Lulio predicó y enseñó en varios lugares, como veremos más adelante.

En el año 1310 el héroe veterano, ya de se-

tenta y cinco años, intentó una vez más mover el corazón de la cristiandad y persuadir al papa para que hiciera a la Iglesia fiel a su gran misión.

Lleno de su antiguo ardor, ya que él mismo no podía poner por obra los grandes planes de la conquista espiritual que consumían su corazón, concibió la idea de fundar una orden de caballeros espirituales, dispuestos a predicar a los Sarracenos y a recuperar de este modo el sepulcro de Cristo por una cruzada de amor. (1) Nobles piadosos y señoras ilustres en Génova ofrecieron contribuir para este proyecto la suma de treinta mil florines. Muy alentado por esta prueba de interés, Lulio salió para Avignón a fin de proponer su plan al papa Clemente V. Era el primer papa que fijó su residencia en Avignón, dando comienzo de este modo a la llamada «cautividad babilónica» del papado. Escritores contemporáneos le acusan de disolución, nepotismo, simonía y avaricia. No es de admirar, que siendo un hombre así el que poseía las llaves de la autoridad, Lulio llamara en vano a la puerta del «vicario de Cristo.»

---

(1) No como se declaró falsamente en algunos artículos sobre Lulio, un propósito de usar la fuerza de las armas. Cf. Noble, pág. 116 y Maclear pág. 366, con nota al pie en que se citan palabras de «Liber Contemplationis in Deo.» CXII, II.

Una vez más Lulio volvió a París y, fuerte en la mente aunque con cuerpo débil, acometió la filosofía árabe de Averroes y escribió en defensa de la fe y las doctrinas de la revelación. (1) En París oyó que se iba a convocar un Concilio general en Vienne, en el Sur de Francia, para el 16 de Octubre de 1311. Un concilio general tal vez favorecería, lo que papas a penas se dignaban tomar en consideración. Por tanto desanduvo el mismo camino largo que acababa de andar. Casi trescientos prelados asistieron al concilio. El combate contra herejías, la abrogación de la orden de los Templarios, propósitos para nuevas cruzadas y discusiones sobre la legitimidad de Bonifacio VIII ocuparon la mayor atención. Sin embargo, el concilio atendió al menos una de las proposiciones de Lulio, y aprobó la resolución de que se dotaran profesorados de los idiomas orientales en las universidades de París, Salamanca y Oxford y en todas las ciudades donde residía la corte papal.

Así, al fin, él había vivido, para ver una parte de las peticiones de toda su vida llevar fruto.

(1) Véase la bibliografía y consúltese «Averrhoes et l' Averrhoisme», de Renan, para detalles de su método y éxito. Los averroistas desde el siglo XIII en adelante oponían la razón a la fe. La gran tarea de Lulio fué demostrar que no eran irreconciliables, sino relacionadas mutuamente y en armonía. Fué verdaderamente la batalla de la fe contra el agnosticismo.

¿Quién es capaz de seguir los resultados para la misión de estas primeras cátedras de idiomas orientales en universidades europeas hasta llegar al consagrado Martyn y John Keith Falconer, profesor de árabe en Cambridge? Lulio luchó solo desde la virilidad hasta la vejez por esta gran idea de la preparación misionera en las escuelas, hasta que se halló en el umbral del éxito. Se adelantó a Loyola, Zinzendorf y Duff en esto de ligar escuelas con misiones; y el ardor de su pasión por este asunto igualó, si no sobrepujó el celo de ellos.

CAPÍTULO VI

El primer viaje misionero a Túnez

(A. D. 1291-1292)

«Aquella tierra donde el sol deslumbra
del mar azul en la africana costa,
asiento un día de la gran Cartago,
a cuyos pies las naves de Fenicia
descargaban del mundo los tesoros,
vió brillar por un tiempo, no sin mezcla
de errores vanos, la celeste lumbre,
del Evangelio, y a la ardiente hoguera
nobles mártires dió de valor llenos.
Hoy del error las ominosas sombras
lo invaden todo y de la luz que un día
se alzó y brilló ni un sólo rayo queda.»

Anón.

Después de encontrar un revés en su primer visita a Roma, Raimundo Lulio volvió a París por corto tiempo, como hemos visto, y luego determinó partir como un verdadero misionero para propagar la fe entre los Musulmanes del

Africa. Lulio tenía a la sazón cincuenta y seis años, y los viajes en aquellos días estaban llenos de penalidades por tierra y por mar. El mismo año en que Lulio partió, llegaron las noticias a Europa, de la caída de Acre y del fin del Estado cristiano de Palestina. Todo el Africa del Norte estaba en mano de los Sarracenos, los cuales se hallaban a un tiempo ensorbebecidos por la toma de Acre y fanatizados hasta lo último por la persecución de que eran objeto los moros en España. Era un paso atrevido el que Lulio tomaba. Pero no estimaba su vida preciosa para sí mismo al hacer tal proyecto, y estaba dispuesto, así lo pensaba, a arriesgarlo todo en el asunto. Esperaba vencer por el amor y la persuasión; al menos, según según sus propias palabras «experimentaría si él mismo no podría persuadir a algunos de ellos conferenciando con sus sabios, y manifestándoles, según el Método que él consideraba dado por Dios, la Ecarnación del Hijo de Dios y la Trinidad de Personas en la Unidad Divina de Esencia.» (1) Lulio proponía una especie de parlamento de religiones y deseaba afrontar el monoteismo desnudo del Islam con la revelación del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

---

(1) «Vita Prima,» en «Acta Sanctorum,» pág. 633.

Lulio partió de París para Génova, que en aquel entonces era rival de Venecia, y luchaba con ella para la supremacía en el Mediterráneo. En el siglo XIII Génova llegó al colmo de su prosperidad y los palacios soberbios de aquella época todavía testifican del genio de sus artistas y de la riqueza de sus príncipes comerciantes.

En Génova no se desconocía la historia de la vida de Lulio. Los hombres habían oído maravillados acerca de la conversión milagrosa del senescal alegre y disoluto; y ahora corría el rumor que había inventado un método nuevo y cierto para convertir al «infiel» y que partiría él solo para las costas del Africa.

La expectación del pueblo llegó a un grado muy alto. Un buque estaba preparado a zarpar para Africa y Lulio pagó pasaje en él. El navío estaba en el puerto y aun los libros del misionero se habían llevado a bordo. Todo estaba preparado para el viaje y la aventura.

Pero en este momento se efectuó un cambio en él. Lulio dice que fué «sobrecogido por el terror ante el pensamiento de lo que le podría ocurrir en el país a donde iba. La idea de sufrir tormentos o encarcelamientos por toda su vida se le presentó con tal fuerza que no pudo dominar sus temores. Una reacción tan fuerte después de su fe al partir de París no debe sor-

prendernos. Experiencias semejantes no escasean en las vidas de los misioneros. Henry Martyn escribió en su diario cuando las costas de Cornualles iban desapareciendo de su vista: «¿Volvería atrás? ¡Oh, no! ¿Pero cómo puedo sostenerme? La fe me falta. Veo por experiencia que soy tan débil como agua. ¡Oh, mis queridos amigos en Inglaterra, cuando hablábamos con exaltación de las misiones a los paganos, qué idea más imperfecta nos formabamos de los sufrimientos por los cuales han de realizarse!» Lulio se vió frente a un porvenir más oscuro y más incierto que Martyn. Su fe faltó. Sus libros fueron vueltos a la costa y el navío se dió a la vela sin él.

Sin embargo, tan pronto como recibió la noticia de la partida del navío, se apoderó de él un amargo remordimiento. Su amor apasionado hacia Cristo no podía tolerar el pensamiento de que había resultado traidor a la causa, para la cual Dios le había preparado y llamado especialmente. Sentía que había dado ocasión a aquellos que se burlan de la religión de Cristo, para mofarse de El y de su gran misión. Tan aguda era su pena que le produjo una fiebre violenta. Sufriendo todavía debilidad, física y postración mental, oyó que otro buque estaba preparado en la bahía y cargado para salir al puerto de

Túnez. A pesar de estar tan débil rogó a sus amigos llevaran sus libros a bordo y le permitieran emprender el viaje. Fué llevado al buque, pero sus amigos, convencidos de que no podría resistir el viaje insistieron en llevarlo a tierra otra vez. Lulio volvió a su cama, más no halló ni reposo ni recuperación. Su antigua pasión le consumía, sentía la contrición de Jonás, y gritó como Pablo: «¡Ay de mí, si no predico!» Ofreciendo otro navío una oportunidad conveniente, determinó embarcar a todo trance.

Es lectura de heroismos seguir a Lulio en su autobiografía al contarnos cómo «desde este momento fué un hombre nuevo». Apenas se había perdido de vista la tierra, cuando la fiebre le dejó por completo; no reprochándole ya la conciencia por su cobardía, la paz de su mente volvió, y parecía que había recobrado perfecta salud. Lulio llegó a Túnez a fines del año 1291 o a principios de 1292. (1)

¿Por qué escogió el misionero filosófico a Túnez como su primer punto de ataque contra la fortaleza del Islam? La respuesta no ha de buscarse lejos.

Túnez, la capital actual del país del mismo

---

(1) «Vita prima» in «Acta Sanctorum» p. 664. «Memorias», de Neander p. 527 y Maclear p. 361.

nombre, fué fundada por los Cartagineses, pero alcanzó importancia primeramente bajo los conquistadores árabes del Africa del Norte, quienes le dieron su nombre actual; este se deriva de una raíz árabe, que significa «deleitarse». Túnez era el puerto habitual de los que viajaban desde Cairuan (aquella Meca de todo el Africa del Norte) a España. En el año 1236, cuando los Hafsitas derrocaron la dinastía de los Almoades, Abu Zakariyah la hizo su capital. Cuando la caída de Bagdad dejó al Islam sin una cabeza titular (1258) los Hafsitas se arrogaron el título de «Príncipe de los creyentes» y extendieron su dominio desde Tlemecén a Trípoli. La dignidad de los señores de Túnez se reconocía aún en Cairo y Meca; y tan fuerte era su gobierno, que sin auxilio exterior se mantuvieron contra invasiones repetidas de los Francos. La cruzada séptima terminó con un desastre delante de Túnez. De hecho, Túnez era el centro occidental del mundo musulmán en el siglo trece. Donde San Luis fracasó con su gran ejército, Raimundo Lulio se arriesgó sólo a una cruzada espiritual.

Túnez se halla sobre una lengua de tierra entre dos lagos de agua salada y se une al puerto de Goletta por un canal antiguo. Todavía quedan dos edificios de los días de Lulio: La Mezquita de Abu Zakariyah en la fortaleza y la gran Mez-

quita del Olivo en el centro de la ciudad. Las ruinas de Cartago, centro famoso del Cristianismo latino antiguo, se hallan a distancia de unas pocas millas al Norte de Goletta. Aún ahora Túnez contiene una población de más de 125.000 almas; era mucho mayor en la época de la cual estamos escribiendo.

Lulio debe de haber desembarcado en la Goletta y de allí procedido a Túnez. Su primer paso era invitar a los *ulemas* o literatos musulmanes para una conferencia, precisamente como lo hizo Ziegenbalg en el Sur de la India y Juan Wilson en Bombay. Anunció que había estudiado los argumentos de ambos lados del asunto y que estaba dispuesto a sujetar las pruebas en favor del Cristianismo y las pruebas en favor del Islam a una comparación justa y razonable. Llegó hasta prometer que, si se le convenciera, abrazaría al Islam. Los directores musulmanes respondieron de buena voluntad al desafío, y acudiendo a la conferencia en gran número, expusieron con gran aparato de erudición el milagro del Corán y la doctrina de la unidad de Dios. Después de una discusión larga, pero sin resultado, Lulio lanzó las proposiciones siguientes (1),

(1) Véaselas por completo en «Vita Prima», pág. 665 y «Liber Contemplationis in Deo», cap. LIV, 25-28 etc. Maclear da el sumario arriba citado, págs. 362, 363.

que son bien escogidas para herir los dos puntos débiles del monoteismo mahometano: *La falta de amor en el ser de Allah y la falta de armonía en sus atributos.* «Todo hombre sabio tendrá que reconocer como religión verdadera aquella que atribuya la mayor perfección al Ser Supremo y que no sólo exprese el concepto más digno de todos sus atributos, su bondad, poder, sabiduría y gloria, sino que demuestre la armonía e igualdad existentes entre ellos. Ahora bien, la religión de ellos era defectuosa al reconocer solamente dos principios activos en la Divinidad: su voluntad y su sabiduría, mientras dejaba ineficaces su bondad y su grandeza, como si fuesen cualidades latentes y no puestas en ejercicio activo. Pero a la fe cristiana no se le podía acusar de este defecto. En su doctrina de la Trinidad expresa el concepto más sublime de la Divinidad, como el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, en una simple esencia y naturaleza. En la Encarnación del Hijo se demuestra la armonía que existe entre la bondad de Dios y su grandeza; y en la persona de Cristo se ostenta la verdadera unión entre el Criador y la criatura; mientras que en su pasión, que El soportó por Su gran amor al hombre, se manifiesta la armonía divina de la bondad infinita y la condescendencia infinita, la condescendencia de

Aquel, que por Amor a nosotros, los hombres, y con el fin de salvarnos y restituirnos a nuestro estado original de perfección, soportó aquellos sufrimientos y vivió y murió por el hombre.»

Este estilo de argumentación, cualquiera que sea el juicio que de él se forme, es ortodoxo y evangélico hasta la médula. Llama la atención continuamente ver cuán poca teología de la Edad Media y cuán pocas ideas romanistas se hallan en los escritos de Lulio. El escándalo de la cruz se encuentra en todas partes, en los argumentos de Lulio con los Musulmanes. Nunca construyó un puente inseguro con tablas de concesiones. Su Parlamento de Religiones no se levantó sobre una base semejante a la del Parlamento de Chicago. El resultado lo demostró en la subsiguiente persecución. Había algunos que aceptaron la verdad (1) y otros se hicieron más fanáticos en su Mahometismo. Un Imán indicó al Sultán el probable peligro para la ley de Mahoma, si se permitía a un maestro tan celoso exponer libremente los errores del Islam, y aconsejó que se encarcelara y matara a Lulio. Se le

---

(1) «Disposuerat viros famosae reputationis et alios quamplurimos ad baptismum quos toto animo affectabat deducere ad perfectum lumen fidei orthodoxae».—«Vita S. Lulli.»

Persuadió a algunos varones de alta reputación y a otros muchos a recibir el bautismo, a los cuales procuraba con toda su alma conducir a la perfecta luz de la fe ortodoxa.

echó en un calabozo y si se salvó de peor suerte fué gracias a la intercesión de un contrincante de espíritu más amplio. Este hombre alabó la capacidad intelectual de Lulio y llamó la atención del soberano al hecho de que un musulmán que imitara la consagración del prisionero, predicando al Islam, sería tenido en alta estima. El espectáculo de un erudito y anciano filósofo cristiano disputando libremente sobre la verdad del Corán en el centro de Túnez, era a la verdad un ejemplo extraordinario de valor moral en la Edad Media. «No era éste—dice el Dr. Smith—un cruzado irreflexivo, alentado por la gloria marcial o por los placeres del mundo. No era su tarea como la que requirió todo el valor de los varones que ganaron por primera vez para la fe cristiana al Godo, al Franco, al Sajón y al Eslavo. Raimundo Lulio predicó a Cristo a un pueblo que consideraba la apostasía como un crimen digno de muerte y que había hecho sentir sus proezas a la Cristiandad por varios siglos.» Aún sus enemigos se asombraban ante tal arrojo de devoción.

La sentencia de muerte fué conmutada por la de destierro del país. Bien podía Lulio regocijarse de poder escapar; pues la sentencia de muerte, declarada sobre los cristianos, se ejecutaba a menudo con bárbara crueldad. Sin embargo

Lulio no estaba dispuesto ni aún a someterse a la sentencia de destierro y dejar así solo su pequeño grupo de convertidos sin instrucción o sin guía.

El buque que le había traído a Túnez, estaba a punto de volver a Génova; lleváronlo a bordo y le amonestaron, que si volvía al país otra vez, sería seguramente muerto por apedreamiento. Sin embargo, Raimundo Lulio, pensaba, como los apóstoles, que no podía obedecer aquellas amenazas de «que no hablase de allí en adelante a hombre alguno en este Nombre.» Quizás tenía el sentimiento de que su cobardía en Génova, cuando se preparó a salir, demandaba expiación. Sea como quiera, consiguió escapar del buque por estratagema y volver inadvertido a la ciudad marítima Goletta desafiando el edicto de destierro. Por tres largos meses estuvo escondido el misionero celoso como una rata de puerto y testificó sigilosamente acerca de su Maestro. ¡Tal era el carácter de su genio versátil que aún en este tiempo compuso una nueva obra científica!

Pero como su método misionero favorito de discusión pública era enteramente imposible, se embarcó al fin para Nápoles, donde enseñó y conferenció por algunos años acerca de su método nuevo. Y más tarde, como ya hemos visto, volvió a visitar Roma.

Es evidente por todos los escritos de Lulio, como también por los escritos de sus biógrafos, que su predicación a los Musulmanes no era tanto polémica como apologética. Siempre habla de la filosofía y erudición arábigas con respeto. Los mismos títulos de sus escritos controversistas prueban el tacto y el amor de su método. Solamente era débil en esto: en que colocaba la filosofía delante de la revelación y por tanto procuraba a veces explicar lo que siempre ha de permanecer como misterio de la fe.

Debemos tener presente que Lulio como teólogo no era escolástico, ni tampoco había recibido instrucción de los grandes maestros de su tiempo. Era autodidacto. Lo especulativo y lo práctico se mezclaban en su carácter y en su sistema. «Su inclinación especulativa entró hasta en su entusiasmo para la causa de las misiones y en su celo como apologista. Sus combates con la escuela de Averroes, y con la secta de aquella escuela, que afirmaba la oposición irreconciliable entre la fe y el conocimiento, le conducía, naturalmente, a una investigación especial sobre la relación que existe entre ambos.» (1)

Lulio no fué a Nápoles porque hubiera desistido de la batalla. Fué a pulir sus armas, a ganar

---

(1) Neander: «Historia de la Iglesia», IV, pág. 426.

reclutas y a apelar a los papas para preparar una cruzada espiritual contra el enemigo más fuerte del reino de Cristo. Cuando estos esfuerzos resultaron casi estériles, como hemos visto en un capítulo anterior, emprendió otros viajes misioneros, y en el año 1307 lo hallamos otra vez en las costas del Africa del Norte quince años después de su primer destierro.



GALERA VENECIANA DEL SIGLO XIII

(De un grabado antiguo.)

CAPÍTULO VII

Otros viajes misioneros

(A. D. 1301-1309.)

«En una edad de violencia y de infidelidad él fué el apóstol del amor celestial».—*George Smith.*

«Y de esta manera me esforcé a predicar el evangelio, no donde antes Cristo fuese nombrado, por no edificar sobre ajeno fundamento».—*Pablo.*

Desde el año 1301 al año 1309 Lulio hizo varios viajes misioneros, que son tanto más notables si consideramos, que tenía a la sazón más de sesenta años y si tenemos en cuenta de las condiciones en que se hacían los viajes en la Edad Media. El Mediterráneo estaba infestado de piratas y la Gran Expedición de catalanes y aragoneses mandada por Roger de Flor peleaban contra los Bizantinos, mientras que Génova y Venecia se hacían una guerra de rivalidad comercial. Los Caballeros de San Juan pe-

leaban por Rhodas y los papas rivales disputaban. El viaje por mar era peligroso y por tierra estaba lleno de penalidades. En la Edad Media el uso de los carruajes estaba prohibido por temor de que hiciese a los vasallos menos aptos para el servicio militar. Hasta el siglo XVI se consideraba reprochable, en hombres, servirse de ellos, y solamente señoras aristocráticas usaban tales vehículos. Los varones de todos los grados y profesiones montaban en caballos y mulos, y a veces los frailes y las mujeres en asnas. Cuadrillas de salteadores infestaban los bosques, y el peligro de las fieras no había desaparecido aún en el Sur de Europa.

Sin embargo, leemos, que Lulio a pesar de todos estos impedimentos «resolvió viajar de lugar en lugar y predicar donde quiera se le ofreciera ocasión.» Su propósito parece haber sido llegar a los judíos y herejes cristianos, además de los Sarracenos. (1) Después de trabajar por algún tiempo entre los judíos en Mallorca navegó a Chipre, tomando tierra en Tamagusta,

---

(1) «Accessit ad regem Cypri affectu multo supplicans ei, quatenus quosdam infideles atque schismaticos videlicet Jacobinos, Nestorinos, Maronites, ad suam preadicationem necnon disputationem coarctaret venire».—Maclear, pág. 364, nota.

Acercóse al rey de Chipre suplicándole con mucha instancia no prohibiese a los infieles ni cismáticos, es a saber, Jacobinos, Nestorianos y Maronitas, acudir a su predicación y controversias.

el puerto principal y fortaleza durante la ocupación de la isla por los Genoveses. Chipre en aquel entonces tenía una población numerosa, tanto de judíos como de cristianos y de musulmanes. Probablemente la predicación de Lulio no tuvo buen éxito, pues pronto dejó la isla, y con solo un compañero cruzó a Siria y penetró hasta Armenia, esforzándose para llamar de nuevo las varias sectas orientales a la fe ortodoxa.

Armenia en el siglo XIII era el nombre de un pequeño principado al Norte de Cilicia, bajo una dinastía indígena. Formaba con Chipre el último baluarte de la cristiandad contra el Islam en el Oriente. Por temor de ser aplastados por las potencias musulmanas, los Armenios hicieron alianzas con las hordas mongolas, que se derramaron sobre el Asia, y sufrieron con otros la hostilidad y venganza de los Mamelucos. Entre este valeroso residuo y baluarte de la fe, que aún hoy día ha resistido hasta la sangre contra el espíritu agresivo de Islam, Lulio trabajó más de un año. Fué en Armenia donde escribió su libro titulado: «Las cosas que el hombre debe creer concerniente a Dios.» Escrito en latín, se tradujo después al catalán para sus compatriotas españoles. (1)

---

(1) Véase Helfferich pág. 86, nota, y núm. 225 en la Bibliografía A

Desde Chipre Lulio volvió otra vez a Italia y Francia, por donde viajó desde el año 1302 al año 1305, conferenciando en las universidades y escribiendo más libros. Antes de hablar sobre su segundo viaje al Norte de Africa, debemos dedicar algunas palabras al carácter de su amor y trabajos para el bien de los judíos menospreciados.

Esparcidos por todos los reinos e islas de Europa, los judíos habían alcanzado poder e influencia en muchos países por causa de su erudición y de su riqueza. En España bajo la supremacía sarracena gozaban de amplia tolerancia, pero a medida que los moros eran rechazados y los cristianos aumentaban en poderío, los judíos iban sufriendo más. Ya en 1108 se levantó un motín contra los judíos en Toledo y las calles se regaron con su sangre. Durante todo el siglo XII y XIII se relataban historias tenebrosas acerca de la hostilidad de los judíos. Se decía que envenenaban pozos, robaban las hostias consagradas para horadarlas con una aguja, y que crucificaban niños en sus fiestas de Pascua, para usar sus entrañas en la magia y en ritos secretos. En el año 1253 fueron desterrados los judíos de Francia y en el año 1290 de Inglaterra. Muchos fueron muertos por la Inquisición, y había muy pocos cristianos que se atrevieran a defender a

un judío ante los Tribunales. No se podía perder un niño sin que se sospechara de alguna treta criminal fraguada por un judío. En vano protestaron unos pocos frailes piadosos contra tales acusaciones y procuraron amparar a la raza desechada. El espíritu entero de la época tenía a judíos y musulmanes por infieles y merecedores de odio y desprecio. Si esto fuera posible, el odio contra los judíos en España era más fuerte que en otra parte. Durante los últimos años de la vida de Lulio se encendieron ya en España los fuegos de la persecución amarga y cruel que acabó por consumir, bajo Torquemada, la raza entera de los judíos en este país. (1)

En el siglo XIII los judíos eran forzados en casi todos los países a llevar una marca degradante, el llamado «sombrero judío», una clase de gorro amarillo en forma de cilindro, y un anillo de paño rojo sobre el pecho. También se les forzaba a vivir miserablemente en barrios especiales de las ciudades, llamados juderías, que muchas veces estaban cercados por un muro especial. (2)

Sin embargo, esta raza despreciada, no estaba fuera del círculo del amor e interés de Lulio.

---

(1) Maclear, pág. 381 y siguientes.

(2) Kurtz: «Historia de la Iglesia», tomo II pág. 23.

Escribió muchos libros para probarles la verdad de la religión cristiana. (1) Les demostró que su Mesías esperado no era otro que Jesús de Nazareth. Su gran misión a los Sarracenos en Africa no le cegó respecto a la necesidad de misiones en su tierra, y leemos cómo, en el año 1305 y aún antes, trabajaba para convencer a los judíos en Mallorca de sus errores. En una época en que la violencia y la deslealtad era el único trato que los judíos esperaban de los cristianos Raimundo Lulio fué el apóstol de amor a ellos también.

Hay una historia o leyenda que dice que Lulio hizo por este tiempo una breve visita a Inglaterra y que escribió una obra sobre alquimia en el hospital de Santa Catalina, en Londres (2). Pero no tenemos base segura para tal afirmación, y la leyenda surgió probablemente de haberse confundido a Lulio, el misionero, con otro Lulio famoso por sus conocimientos de alquimia. En el «Acta Sanctorum» se dedica un artículo especial a probar que Lulio nunca enseñó ni practicó las artes de la alquimia de la Edad Media.

(1) De estas obras las siguientes, aún existen: «Liber contra Judaeos», «Liber de Reformatione Hebraica» y «Liber de Adventu Messiae.»

(2) Véase Maclear pág. 367 nota, que cita autoridades para la leyenda.

Llegamos ahora a su viaje al Africa del Norte, que emprendió en el año 1307, partiendo probablemente de algún puerto francés o de Génova. Esta vez no se dirigió a Túnez, sino a Bugía. Algunos dicen que además visitó Hippona y Argel. En la historia de la vida de Lulio la ciudad de Bugía tiene un interés especial, pues allí predicó a los musulmanes en su vejez y aquella ciudad fué el teatro de su muerte.

Bugía, o Bougiah, es un puerto marítimo de Argelia, fortificado, entre el cabo Carbon y el Wady Sahil. Sus edificios más importantes son ahora la iglesia católica romana francesa, el hospital, los cuarteles y el antiguo fuerte de Abdul Kadir, hoy usado como cárcel. Tiene actualmente una población muy reducida, pero mantiene un tráfico considerable en cera, grano, naranjas, aceite y vino.

Bugía es una ciudad de gran antigüedad; es la Salda de los Romanos y fué edificada en sus orígenes por los cartagineses. Genserico, el Vándalo, la rodeó de murallas. En el siglo x llegó a ser la principal ciudad comercial de todo el Africa del Norte bajo los sultanes Beni Hammad. Los mercaderes italianos del siglo xii y xiii tenían edificios numerosos de su propiedad en el pueblo, tales como almacenes, balnearios e iglesias. En el siglo xv Bugía se hizo albergue de piratas;

después perdió su prosperidad e importancia.

Aunque había comerciantes cristianos en Bugía, eran una minoría pequeña, y sólo podían asegurar la libertad y protección comercial evitando toda controversia religiosa y guardando su luz cuidadosamente debajo de un almud. Se puede leer en la historia de la dinastía mameluca que gobernaba Egipto en aquella época, cómo los sarracenos consideraban y trataban a los cristianos. Hasta donde era posible, el edicto despreciable de Omar II se impuso de nuevo y sus mandatos intolerantes se pusieron en vigor.

El sultán mameluco Nasir—un tirano celoso, cruel, suspicaz y avaro—extendió su dominio sobre Túnez y Bugía desde el año 1308 al año 1320. Era tan fanático como cruel, y no hay más que leer cómo se destruyeron iglesias cristianas, se quemaron o mutilaron cristianos y se confiscó su propiedad en la capital, para saber cuál debe de haber sido el estado de las provincias. (1)

Tan pronto como Raimundo Lulio llegó a Bugía, halló su camino a una plaza pública, se plantó valerosamente allí y proclamó en árabe que el cristianismo era la única fe verdadera, manifestando que estaba dispuesto a demostrarlo a satisfacción de todos. No sabemos exacta-

---

(1) Sir William Muir: «La dinastía mameluca», págs. 67-68.



LA TORRE Y LA CIUDAD DE BUGÍA, AFRICA DEL NORTE

mente cuál era la naturaleza de su argumento en esta ocasión, pero afectaba al carácter de Mahoma. Siguió un tumulto y muchas manos se levantaron para hacerle fuerza.

El mufti o jefe del clero musulmán, le rescató y le reprendió por su locura al exponerse de tal modo a grandes peligros.

«La muerte—repuso Lulio,—no tiene terror ninguno para un servidor sincero de Cristo, que trabaja para traer almas al conocimiento de la verdad.»

Luego el mufti, que debe haber sido bien versado en la filosofía árabe, desafió a Lulio a que le presentara pruebas de la superioridad de la religión de Cristo sobre la de Mahoma.

Uno de los argumentos, dados en sus libros de controversia, consiste en presentar a los Sarracenos los diez mandamientos como la ley perfecta de Dios, y en mostrar después con citas de sus propios libros, que Mahoma violó cada uno de estos preceptos divinos. Otro argumento favorito de Lulio para con los musulmanes era describir las siete virtudes cardinales y los siete pecados mortales, solo para demostrar en seguida cuán vacío estaba el Islam de las primeras y cuán lleno de los últimos. Tales argumentos han de usarse con sumo cuidado aun el en siglo veinte; podemos imaginarnos el efecto que producirían

sobre los musulmanes del Norte de Africa en los días de Lulio.

Vino la persecución. Lulio fué echado a un calabozo y por medio año sufrió una prisión rigurosa, favorecido solamente por algunos comerciantes de Génova y de España, que tenían compasión del campeón anciano de su común fe.

Mientras tanto se ofrecían al filósofo cristiano riquezas, mujeres, una posición elevada, si solamente abjuraba de su fe, haciéndose musulmán. Esta era la respuesta que Lulio daba desde lo profundo de su calabozo a todas sus proposiciones: ¿Vosotros tenéis para mí mujeres y toda clase de placeres mundanos, si yo aceptase la ley de Mahoma? ¡Ay! Estáis ofreciendo un pobre premio, pues todos vuestros bienes terrenales no pueden comprar la gloria eterna. Yo por el contrario, os prometo, si queréis renunciar a vuestra ley falsa y diabólica, que se extendió por la espada y la fuerza solamente, y si aceptáis mi fe, la Vida Eterna; pues la fe cristiana se propagó por la predicación y por la sangre de los santos mártires. Por tanto os amonesto que os hagáis cristianos aún ahora, alcanzando así la gloria eterna y escapando de los tormentos del infierno. (1). Tales palabras en labios de un hombre de setenta

---

(1) Keller: Geisteskampf. pgs. 59, 60. Maclear p. 365,

y tres años, que dominaba el idioma árabe a la perfección, erudito en toda la sabiduria de la filosofía árabiga, y en cuyos ojos irradiaba un vivo celo por la verdad, deben haber tenido una fuerza tremenda.

Mientras estaba detenido en la cárcel, Lulio propuso que ambos partidos escribiesen una apología de su fe. Estaba ocupado en cumplir su parte del acuerdo, cuando un mandato repentino del gobernador de Bugía ordenó su destierro. Si el motivo de tal orden fueron los *resultados* que seguían a la predicación de Lulio, no lo sabemos. Sus biógrafos indican que Lulio fué visitado en su cárcel por musulmanes, que repetidas veces le incitaron a que apostatase. «Durante su encarcelamiento de seis meses le acometieron con todas las tentaciones sensuales del Islam» (1)

Debe haber sido una experiencia amarga para el misionero, al recordar los pecados de su juventud y la visión de su turbulenta adolescencia.

«Más a través de burlas y tormentos
Siempre a Ti te tenía;
Tu mano cada vez con más firmeza
Apretaba la mía;
Y tus gloriosos ojos me alentaban
De amor llenos, diciendo:

---

(1) «Promittebant ei uxores, honores domum, et pecuniam copiosam» «Vita prima» cp. IV.

«Sígueme que tu Maestro soy y te sonrío
Tu fe y lealtad viendo.»

Raimundo Lulio salió de Bujía prácticamente preso, pues los musulmanes no querían que se repitiera el incidente que había seguido a su embarque en Túnez. Durante el viaje se levantó una tempestad y el navío naufragó frente a la costa italiana cerca de Pisa. Allí le rescataron y le recibieron con todo respeto aquellos que habían oído su fama de filósofo y de misionero. Desde Pisa, Lulio marchó por Génova a París; de su obra allí y en el concilio de Vienne hemos dado ya cuenta.

CAPÍTULO VIII

Raimundo Lulio, filósofo y escritor

«Fué a la par un sistematizador filosófico y un químico analítico, marinero diestro y eficaz propagandista del cristianismo».—*Humboldt*, «*Cosmos.*» II, 629.

«No hay fin de hacer muchos libros; y el mucho estudio aflicción es de la carne».—*Ecclesiastés.*

Será difícil encerrar en un corto capítulo un examen de la filosofía de Lulio, que por dos siglos después de su muerte tuvo perplejos a los escolares de Europa, y dar noticia aún de un número reducido de la vasta biblioteca de obras que tienen por su autor a Lulio. No se sabe qué admirar más, el carácter versátil de su genio o la actividad prodigiosa de su pluma.

Raimundo Lulio fué desde su juventud un maestro en el dominio del catalán y escribió en este idioma mucho antes de su conversión. No hay catálogo completo de sus obras en este lenguaje. Uno de los biógrafos de Lulio declara

que los libros escritos por Lulio llegan a cuatro mil. En la primera edición publicada de sus obras (1721), se dan doscientos cuarenta y dos títulos; pero sólo cuarenta y cinco de estas, al ser impresas, ocupaban ya diez grandes tomos de a folio. Para entender algo del alcance y de la ambición de este genio intelectual, hay que leer la lista parcial de sus libros, dada en la bibliografía al fin del presente libro. Lulio fué filósofo, poeta, novelista, escritor de proverbios, lógico sutil, teólogo profundo y controversista ardoroso. No había ciencia cultivada en sus días a la cual no contribuyese. El historiador crítico Winsor declara que en el año 1295 Lulio escribió un manual sobre navegación que no fué superado por ningún otro hasta después de Cristóbal Colón. El Dr. Jorge Smith atribuye a Lulio el invento independiente de la brújula del marinero; y no sin razón, porque hallamos referencias repetidas a la aguja magnética en sus libros devocionales. (1) Escribió un tratado sobre «el peso de los elementos» y su forma, sobre el

---

(1) Véase «Liber de Miraculis Coeli et Mundi» part. IV, sobre Imán Calamita.

«Como la aguja naturalmente se vuelve al Norte, cuando se la toca por el imán, así conviene, etc.—Liber Contempiationis in Deo».

En su tratado «Fenix des les Maravillas del Orbes», publicado en el año 1286, otra vez se refiere al uso de la brújula del marinero. Véase Humboldt. «Cosmos», II, 630, nota.

sentido del olfato, sobre astronomía, astrología, aritmética y geometría. Uno de sus libros lleva este título: «Sobre la cuadratura y la triangulación del círculo.» Con la medicina, la jurisprudencia y metafísica de la Edad Media estaba familiarizado del mismo modo. Sus siete tomos sobre la medicina incluyen un libro acerca del uso de la mente para curar a los enfermos y otro acerca del efecto del clima sobre las enfermedades.

Fué teológico dogmático y escribió sesenta y tres tomos de discusión teológica, de los cuales algunos son tan abstrusos, que hacen dudar que su autor mereciera el título de «Doctor Illuminatus» que le fué conferido por sus contemporáneos. Hay otros títulos entre sus escritos teológicos que despiertan la curiosidad, tales como: «Sobre la Más Trina Trinidad», «Sobre al forma de Dios», «Sobre el Lenguaje de los ángeles», etc.

Entre los sesenta y dos libros de meditación y devoción, que se han preservado en las listas de los escritos de Lulio, no hay ninguno sobre los santos y solamente seis tratan de la Virgen María. Esta es una de las muchas pruebas, halladas en los libros de Lulio, de que él fué más católico que romano y que apreciaba a Cristo más que a todos los santos del calendario

papal. Uno de sus libros de devoción lleva el título «Sobre los Cien Nombres de Dios» y evidentemente lo había preparado para el uso de los musulmanes que buscaban la luz. (1)

Raimundo Lulio escribió o recogió tres libros de proverbios, de los cuales uno contiene seis mil dichos populares y máximas. Aquí hay unas pocas de las muchas joyas hermosas que se pueden hallar en esta colección:

«Deum dilige, ut ipsum timeas.»
«Pax est participatio sin labore.»
«Divitiae sunt copiositates voluntatis.»
»Deus exemplum dedit de sua unitate in natura.»
»Fortitudo est vigor cordis contra maliciam.»
«Praedestinatio est scire Dei qui scit homines.»
«Deus adeo magnum habet recolere quod nihil obliviscitur.»

Ama a Dios para que le temas debidamente.
Dios nos ha dado en la naturaleza un ejemplo de su unidad.
Paz es participación sin esfuerzo.
La fortaleza es el vigor del corazón contra la malicia.
Riquezas es lo que sacia la voluntad.
La predestinación es el conocimiento que Dios tiene al conocer a los hombres.
Dios tiene tanto que recordar que no olvida nada.

---

(1) Según la doctrina musulmana Allah tiene un centenar de nombres hermosos. El rosario del Musulmán por tanto tiene cien cuentas y contar estos nombres es un ejercicio devocional.

B

Facsímil de una página de las obras latinas de Lulio.

Entre las obras de Lulio hay veinte sobre lógica y metafísica. Una de las últimas tiene el título «Sobre la grandeza y la pequeñez del Hombre.» Entre sus sermones y libros sobre la predicación hay solamente un comentario que, en consonancia con la misión y el carácter de Lulio, es un comentario sobre el prólogo del evangelio según San Juan.

No había fin de hacer muchos libros de controversia en los días de Lulio. Sin embargo sus escritos de esta índole no son, como aquellos de sus contemporáneos, contra herejes para condenarles con sus errores a la perdición eclesiástica. Aun los títulos de sus escritos de controversia manifiestan su espíritu irénico y su deseo de convertir más bien que de convencer. En todos sus libros se halla un espíritu de devoción profunda; aun su filosofía natural está llena del mundo venidero y de su gloria. Al fin de uno de sus libros prorrumpe en esta oración: «¡Oh, Señor, auxilio mío! hasta que no complete esta obra, tu siervo no puede ir al país de los Sarracenos para glorificar tu nombre glorioso; pues tan ocupado estoy con este libro, que emprendo para honra tuya, que no puedo pensar en ninguna otra cosa. Por tanto ruego que me concedas la gracia de que Tú estés a mi lado, para que pronto lo acabe y parta con presteza a morir la

muerte de un mártir por amor tuyo, si te place tenerme por digno de ello.»

En el año 1296 concluyó una obra sobre la lógica del Cristianismo con este canto seráfico acerca de las misiones a todo el mundo: «Que los cristianos consumidos con amor ardiente para la causa de la fe, consideren sólo esto: que no habiendo nada capaz de resistir a la verdad, ellos pueden, con la ayuda de Dios y su poder, traer a la fe a los infieles, de modo que el nombre precioso de Jesús, que en las más de las regiones todavía no se conoce por la mayoría de los hombres, sea proclamado y adorado.» Y otra vez: «Como mi libro se termina en la víspera de Juan Bautista, que fué el heraldo de la luz, y señaló a Aquel que es la luz verdadera, plegue a nuestro Señor encender una luz nueva del mundo, que guíe a los incrédulos a la conversión, para que ellos con nosotros encuentren a Cristo, a quien sea honor y alabanza por todos los siglos.» Esto no es el lenguaje de retórica piadosa, sino el grito apasionado de un alma que anhela la venida del Reino.

Lulio era un autor popular. No solamente escribió en latín docto, sino en la lengua vulgar de su tierra nativa. Noble le llama el Moody del siglo XIII. Procuraba llegar a las muchedumbres. Su influencia sobre las ideas populares

religiosas en España fué tan grande, por medio de sus himnos, proverbios y catecismos en catalán, que Helfferich le compara a Lutero y le llama un reformador antes de la Reforma. (1) Popularizó el estudio de la teología poniendo en verso sus doctrinas fundamentales, para que los legos pudieran aprender de memoria un sumario de la fe católica y discutir con Musulmanes y Judíos con argumentos preparados.

La escolástica era para el clero; el «método de Lulio» estaba ideado para los legos también. Raimundo Lulio no había quedado satisfecho con los métodos de investigación científica comunmente usados, y por tanto se dispuso a construir su «Ars Major» o Arte Mayor, que por una serie de combinaciones mecánicas y un sistema de mnemotécnica, se adaptaba para dar respuesta a cualquiera pregunta que se hiciera sobre cualquier asunto. Esta filosofía nueva es la nota clave de la mayoría de los tratados de Lulio. Todas sus obras filosóficas son solamente explicaciones y fases diferentes de la «Ars Major.» En sus otros libros raras veces deja de llamar la atención a esta clave universal de conocimientos que suministra su gran arte.

(1) «El protestantismo en España en el tiempo de la Reforma.» Prot. Monatsblätter, v. H. Selzer, 1856, págs. 138-168. También su «Raimundo Lulio, etc.», págs. 152-154.

¿Cuál es el método de la filosofía de Lulio? El relato más completo y la explicación más luminosa de sus perplejidades abstrusas lo da Prautl, en su «Historia de la lógica» (tomo III. 145-177) del cual hacemos el sumario que sigue:

La racionalidad y capacidad de demostración del Cristianismo es la verdadera base de su gran método. Lulio sostenía, que nada impedía tanto la difusión de la verdad cristiana, como la tentativa de sus defensores de representar sus doctrinas como misterios indemostrables. La diferencia entre el Cristo y el Anticristo se halla precisamente en el hecho de que el primero puede probar Su verdad por milagros, etc. mientras que el último no puede hacerlo. La gloria del Cristianismo, argumenta Lulio, es que no sostiene lo indemostrable, sino simplemente lo suprasensible. No es contrario a la razón, sino superior a la razón no santificada. Sin embargo, la demostración que Lulio busca no es la de la lógica ordinaria. Dice que nos hace falta un método que razone no solamente del efecto a la causa o de la causa al efecto, sino *per aequiparantiam* es decir, *demostrando que atributos contrarios pueden existir unidos en un sujeto*. Este método ha de ser real, y no enteramente formal o subjetivo. Debe ocuparse de las realidades mismas y no meramente con designios secundarios.

El gran arte de Lulio va más allá de la lógica y metafísica; provee un arte universal de descubrimiento y contiene las fórmulas a las cuales toda demostración en todas las ciencias puede reducirse siendo, en realidad, una especie de ciclopedia de categorías y de silogismos. El «Ars Major» de Lulio es un cuadro de los diferentes puntos de vista desde los cuales se pueden formar proposiciones sobre un asunto. Es una mnemónica o mejor dicho, un plan mecánico para descubrir todas las categorías posibles que se aplican a cualquier proposición posible. Así como sabiendo las terminaciones o conjugaciones típicas de la gramática árabe, por ejemplo, podemos declinar o conjugar cualquiera palabra; así, Lulio razona, conociendo los diferentes tipos de existencia y sus relaciones y combinaciones posibles, poseeríamos el conocimiento de la naturaleza y de toda la verdad como un todo sistemático.

«La gran arte, por tanto, empieza estableciendo un alfabeto según el cual las nueve letras desde B a K representan las diferentes clases de sustancias y atributos. De este modo en la serie de sustancias, B representa a Dios, C a angel, D al cielo, E al hombre, etc., en la serie de atributos absolutos, B, representa bondad, D, duración, C, grandeza; o también en las nueve preguntas de la filosofía escolástica, B, representa *utrum*, C, *quid*

D, *de quo*, etc.» Manipulando estas letras de tal modo que muestren las relaciones de objetos y predicados diferentes, se practica el «arte nuevo». Esta manipulación se efectúa con el auxilio de ciertas llamadas «figuras» o combinaciones geométricas. Su construcción difiere en los varios libros de la filosofía de Lulio; sin embargo, su carácter general es el mismo. Círculos y otras figuras se han dividido en secciones por medio de líneas o colores, y luego se han señalado con las letras simbólicas de Lulio de modo que muestren todas las posibles combinaciones de las cuales las letras son capaces. Por ejemplo, una figura representa las posibles combinaciones de los atributos de Dios, otra las posibles condiciones del alma, y así sucesivamente. Además estas figuras se hallan limitadas por varias definiciones y reglas, y el uso que de ellas ha de hacerse se ha especificado además por varias «*evacuaciones*» y «*multiplicaciones*» que nos muestran cómo agotar todas las posibles combinaciones y series de preguntas que los términos de nuestras proposiciones admiten. «*Multiplicada*» de esta manera, la cuarta figura es, según el lenguaje de Lulio, aquella por medio de la cual se pueden adquirir otras ciencias del modo más pronto y conveniente; y se la puede tomar, por tanto, como digna muestra del método de Lulio. Esta «cuarta figu-

ra» es sencillamente un arreglo de tres círculos concéntricos, divididos en secciones, B, C, D, etc., y de tal manera construídos de cartón, que cuando el círculo superior y más pequeño queda fijo, los dos inferiores y exteriores giran alrededor de él. Tomando las letras en el sentido de las series podemos luego, haciendo girar los círculos exteriores, encontrar las posibles relaciones entre conceptos diferentes y deducir el acuerdo o desacuerdo que existe entre ellos. Mientras el círculo medio, de una manera parecida nos da los términos intermedios por los cuales han de relacionarse o desunirse.

El método de Lulio de una rueda dentro de una rueda, parece a primera vista tan confuso como las visiones de Ezequiel, y tan pueril como la máquina automática de hacer libros de que se habla en «los viajes de Gulliver.» Sin embargo sería injusto decir que Lulio suponía que «se podría reducir el pensar a una mera rotación de círculos de cartón», o que su arte enseñaría a los hombres «a hablar sin juicio de lo que no sabemos.» Lulio se esforzaba a dar, no un compendio de conocimientos, sino un método de investigación. Buscaba para la filosofía un método más científico que la dialéctica de sus contemporáneos. En su concepto de un método universal y en su aplicación de las lenguas vul-

gares a la filosofía fué el heraldo del mismo Bacón. En su demanda de una religión *razonable* se adelantó a su época. Y aplicando este sistema, débil como era, a la conversión de los infieles, demostró ser el primer misionero filósofo. Comprendió las posibilidades (aunque no las limitaciones) de la teología comparada y de la ciencia de la lógica como armas para el misionero.

Nada ilustrará tan claramente el carácter versátil y brillante del genio de Lulio como pasar de su «Ars Major» a su novela religiosa «Blanquerna», la gran alegoría de la Edad Media y la predecesora de «El Peregrino», de Bunyan. (1) En realidad Raimundo Lulio fué el primer europeo que escribió una novela religiosa en lengua vulgar. Sin duda conocía bien los romances caballerescos antes de su conversión, y ¿qué cosa más natural sino que el caballero misionero escribiera el romance de su nueva cruzada de amor contra los Sarracenos? «Blanquerna» es una alegoría en cuatro libros. Su título segundo declara que es «un espejo de la moral de todas las clases de la sociedad, y trata del matrimonio,

---

(1) Helfferich, pág. 111-112. Cree que la alegoría se escribió primeramente en árabe y luego fué transmitido al catalán. Existen varios manuscritos de ella en los archivos de Palma, etc. Se imprimió por primera vez en el año 1521.

la religión, la prelacía, el papado y la vida eremítica.» Es la historia de la peregrinación de Enasto, el héroe, que se casa con Aloma, la hija de una viuda rica. Su único hijo, Blanquerna, desea hacerse fraile, pero se enamora en una moza piadosa y hermosa, llamada Doña Cana. Sin embargo, ambos se deciden a permanecer ascetas. Blanquerna ingresa en un convento y su hermosa dama se hace monja. La alegoría relata las experiencias de estos personajes en sus diferentes ambientes, el peregrino, el fraile y la abadesa. Para usar palabras del mismo Lulio en otro de sus libros, «vemos viajar el peregrino a paises distantes en busca tuya, aunque Tú estás tan cerca, que todo hombre, si quisiera, podría hallarte en su propia casa y en su cámara. Los peregrinos son tan engañados por hombres falsos, que encuentran en tabernas e iglesias, que muchos de ellos, cuando vuelven a casa, se muestran mucho peores de lo que eran cuando salieron.» Doña Cana disputa con sus hermanas monjas la autoridad del sacerdote de ligar la conciencia ¡y aun pone en duda algunas de las doctrinas de la Iglesia! Los distintos personajes llevan nombres alegóricos. Cuando Blanquerna llega a Roma, el papa tiene un bufón llamado «Raimundo el bobo», que no es ningún otro sino el mismo Lulio, y que dice a los cardenales al-

gunas verdades claras. Por último Blanquerna es elegido papa y da a sus cardenales una misión especial a cada uno, expresada por alguna frase del antiguo himno latino «Gloria in excelsis Deo»; así uno se llama «Te damos gracias», otro «Te glorificamos», otro «Tú sólo eres santo», etc. El papa usa su autoridad para enviar una hueste de frailes misioneros con objeto de convertir a judíos y mahometanos.

En varias partes del libro se encuentran cánticos de alabanza y de devoción, y la idea misionera se halla siempre presente. Esta alegoría notable, tanto como muchas otras obras de Lulio, merece rescatarse del olvido. La llegada de Blanquerna a la puerta del Palacio Encantado, sobre cuyo portal se hallan escritos los Diez Mandamientos y el cónclave solemne de ancianos venerables que encuentra dentro disertando sobre la vanidad del mundo, son dos escenas que revelan un genio igual al de Juan Bunyan. Hay otras semejanzas entre estos dos peregrinos rescatados de la Ciudad de Destrucción y que describen sus propias experiencias en forma de alegoría; pero presentarlas aquí alargaría demasiado este capítulo. Quien desee saber más de Lulio como filósofo y autor acuda a las obras mencionadas en la bibliografía y a sus mismas obras.

CAPÍTULO IX

Ultimo viaje misionero y martirio de Raimundo Lulio.

«Como un hambriento se apresura y toma grandes bocados por causa de la mucha hambre que tiene, así tu siervo siente un gran deseo de morir para glorificarte a Ti. Se apresura día y noche para completar su obra a a fin de que pueda entregar su sangre y sus lágrimas para ser derramadas por amor tuyo».—*Lulio. «Liber Contemplationis in Deo.»*

«¿No es la devoción siempre ciega? Para que un surco sea fecundo necesita sangre y lágrimas, tales como las que San Agustín llama la sangre del alma».—*Sabatier.*

Los escolásticos de la Edad Media enseñaban que había cinco métodos de adquirir conocimientos: observación, lectura, audición, conversación y meditación. Pero dejaron el método más importante, es decir, el del sufrimiento. La filosofía de Lulio le enseñó mucho, pero fué en la escuela del sufrimiento donde creció en santidad. El amor, no la erudición, nos da la clave

de su carácter. El filósofo fué absorbido por el misionero. La última escena de la azarosa vida de Lulio no hay que buscarla en Roma, ni en París, ni en Nápoles en medio de sus discípulos, sino en Africa, en las mismas costas de las cuales dos veces fué desterrado.

En el Concilio de Viena (como vimos en el capítulo V) Lulio se regocijó en ver que daba fruto una parte del trabajo de su vida. Cuando se acabaron las deliberaciones del concilio y se había ganado la batalla sobre la enseñanza de los idiomas orientales en las universidades de Europa, se podría haber pensado que estaría dispuesto a disfrutar el reposo que tan merecido tenía. Raimundo Lulio contaba a la sazón setenta y nueve años y el peso de los últimos años de su vida se dejaría sentir de una manera marcada aun sobre un cuerpo tan fuerte y un espíritu tan valiente como los suyos. Naturalmente sus discípulos y amigos deseaban que terminase sus días en la ocupación pacífica del estudio y gozando de la compañía de los que le estimaban.

Tal, sin embargo, no era el deseo de Lulio. Su ambición era morir como misionero y no como profesor de filosofía. Aun su favorita «Ars Major» había de ceder a aquella *ars máxima* expresada en el lema del mismo Lulio, «El que vive por la vida, no puede morir.»

Este lenguaje nos hace recordar la Segunda Epístola de Pablo a Timoteo, donde el Apóstol nos relata que él también estaba «ya para ser ofrecido, y el tiempo de su partida estaba cercano.» En las «Contemplaciones» de Lulio, leemos: «Como la aguja naturalmente se vuelve hacia el Norte cuando se la toca con el imán, así conviene, oh, Señor, que tu siervo se vuelva a Ti para amarte, alabarte y servirte; ya que por amor a él Tú estuviste dispuesto a soportar angustias y sufrimientos tan penosos.» Y en otro lugar: «Los hombres suelen morir, oh, Señor, por edad avanzada, falta de calor natural y exceso de frío; pero así, si es tu voluntad, tu siervo no desearía morir; preferiría morir en el ardor del amor, como Tú estuviste dispuesto a morir por él.» (1)

Otros pasajes en los escritos de Lulio de esta época, tales como las palabras que encabezan este capítulo, manifiestan que anhelaba la corona del martirio. Si consideramos la época en que vivía Lulio y la raza de la cual descendía, esto no nos sorprende. Aun antes del siglo XIII, millares de Cristianos murieron como mártires de la fe en España; muchos de ellos atormentados

---

(1) «Liber Contemplationis» CXXIX, 19;«Vita Secunda», cap. V y «Liber Contemplationis», CXXX, 27 cf. Maclear pág. 367.

cruelmente por los moros por haber blasfemado contra Mahoma.

Prevalecía en la orden franciscana una obsesión por el martirio. Cada fraile enviado a tierra extranjera deseaba con ansia ganar la palma celestial y llevar la pasionaria púrpura. El espíritu de las cruzadas se había apoderado de la Iglesia y de sus guías, aún después del fracaso de sus siete tentativas para vencer por la espada. Bernardo de Clairvaux escribió a los Templarios: «El soldado de Cristo está seguro cuando mata, más seguro cuando muere. Cuando mata aprovecha a Cristo; cuando muere se aprovecha a sí mismo.»

Mucho antes de esta época el ideal del martirio se había posesionado de la Iglesia. Historias de los mártires primeros formaban la literatura popular para aventar la llama del entusiasmo. La muerte de mártir se suponía, fundándose en muchos pasajes de las Escrituras, (1) anulaba todos los pecados de la vida pasada, hacía las veces del bautismo y aseguraba la admisión inmediata al Paraíso sin pasar por el Purgatorio. No hay más que leer a Dante, el pintor gráfico de la sociedad de la Edad Media, para ver ilustrada esta manera de pensar. Sobre todo se enseñaba que

(1) Lucas XII, 50; Marcos X 39; Mateo X 39; Mateo V, 10-12. Veáse la enseñanza de los comentarios católico romanos sobre estos pasajes.

los mártires tenían la visión beatífica del Salvador (como la tuvo San Esteban) y que sus óraciones a la hora de muerte adelantaban con toda seguridad la venida del reino de Cristo.

Pero las pasiones violentas que tanto prevalecían y el odio universal contra judíos e infieles, hicieron olvidar a los hombres que «no la *sangre* sino la causa es lo que hace al mártir.»

Raimundo Lulio se adelantaba a su época en sus fines y sus métodos, pero no estaba ni podía estar del todo libre de la influencia del ambiente que le rodeaba. El espíritu de caballería no había aún muerto en el caballero que hacía cuarenta y ocho años había tenido una visión del Crucificado y había sido armado caballero por sus manos taladradas para una cruzada espiritual.

Sentía lo que el autor de un conocido himno inglés expresa cuando dice:

De Dios el Hijo va a la lid
por su corona real;
su roja enseña ved allí,
¿Quién a seguirle va?
Quien su copa pueda beber
triunfará del dolor;
quien lleve fiel su cruz será
feliz conquistador.

Los doce que Jesús mandó
al mundo a predicar,

valientes fueron al decir
de Cristo la verdad.
Espada, fuego, sin temor
prefirieron sufrir
por no negar al Salvador.
¿Quién los quiere seguir?

Inmensa, noble multitud,
del trono en derredor,
con ropas blancas como luz,
gozan ya del Señor.
Fieles, oh Dios, a tu verdad
fueron hasta morir;
su ejemplo de fidelidad
danos poder seguir.

Los peligros y dificultades que en Génova hicieron retroceder a Lullo de su viaje en el año 1291, solo servían para atraerle con más fuerza al Norte de Africa en el año 1314. Su amor no se había enfriado, sino que ardía con tanto más brillo «con la falta del calor natural y la debilidad de la vejez.» Anhelaba no solamente ganar la corona de mártir sino también ver de nuevo su pequeño grupo de creyentes. Animado por estos sentimientos pasó a Bugía el 14 de Agosto y trabajó casi un año entero en secreto entre un pequeño grupo de convertidos, a quienes había ganado para la fe cristiana durante sus visitas anteriores.

Tanto a estos convertidos como a cualesquiera



UNA PUERTA ANTIGUA DE BUGÍA
(Siglo XI)

otros oyentes que tenían denuedo para venir a reunirse con ellos en conversación religiosa, Lulio siguió hablando sobre el único tema del cual nunca parecía cansarse, la superioridad inherente del Cristianismo sobre el Islam. Veía que la verdadera fuerza del Islam no consiste en el punto segundo de su brevísimo credo, sino el punto primero. El concepto mahometano de la unidad y de los atributos de Dios es una gran verdad a medias. Toda su filosofía religiosa gira alrededor de la idea falsa del monismo absoluto de la Deidad. No hallamos a Lulio desperdiciando argumentos para desaprobar la misión de Mahoma, sino presentando hechos para demostrar que el concepto de Dios presentado por Mahoma era deficiente y falso. Si no mereciera tal honor por ninguna otra cosa, el hecho de haber sido el primero en formular este gran principio apologético en la controversia con el Islam, le señala como el gran misionero a los musulmanes.

«Si los musulmanes—argumentaba él—conforme a su ley afirman que Dios amó al hombre, porque lo creó, le dotó con facultades nobles y derrama sus beneficios sobre él, entonces los cristianos conforme a su ley afirman lo mismo. Pero por cuanto los cristianos creen más que esto y afirman que Dios de tal manera amó al hombre que estuvo dispuesto a hacerse hombre,

a sufrir pobreza, ignominia, tortura y muerte por su amor, lo cual no enseñan los judíos y los sarracenos referente a El; la religión de los cristianos, que así revela un amor que excede a todo otro amor, es superior a aquella que lo revela solamente en un grado inferior.» Islam es una religión sin amor. Raimundo Lulio creía y probaba que el amor la podía vencer. El Corán niega la Encarnación y así queda ignorante del verdadero carácter, no solamente de la Divinidad, sino de Dios mismo. (Mateo XI. 27.)

Por el tiempo en que Lulio visitó a Bugía y fué encarcelado, los musulmanes ya estaban replicando a sus tratados y ganando convertidos de entre los cristianos. El dice: «Los sarracenos escriben libros para la destrucción del Cristianismo; yo mismo he visto tales libros cuando estuve en la cárcel... Por un sarraceno que se hace cristiano, diez cristianos y aún más se hacen mahometanos. Los que tienen la potestad debían considerar cuál será el fin de tal estado de cosas. Dios no será burlado.» (1)

Por lo visto Lulio no pensaba que la falta de un éxito pronto fuera argumento para abandonar la obra de predicar las inescrutables riquezas de

---

(1) Smith: «Historia breve de las misiones cristianas», páginas 107 y 108.

Cristo a los musulmanes. Como alguien ha dicho, «un elevado fracaso es mil veces preferible al éxito que pueda alcanzarse con propósitos inferiores.»

Durante más de diez meses el misionero anciano permaneció escondido, hablando y orando con sus convertidos y procurando influir sobre aquellos que todavía no estaban persuadidos. Su única arma era el argumento del amor de Dios en Cristo, y su «escudo de la fe» era aquel escudo del arte medioeval que tan adecuadamente simboliza la doctrina de la Santa Trinidad. Con tanto amor y tanta constancia insistía Lulio sobre la importancia de esta doctrina, que hemos puesto el *scutum fidei* en la cubierta de esta biografía. (1)

De la longura, anchura, profundidad y altura del amor de Cristo todos los escritos de Lulio están repletos.

Finalmente, cansado de su reclusión y anhelando el martirio, salió al mercado público y se presentó a la gente como el mismo a quien una vez habían expulsado de su ciudad. ¡Era Elías mostrándose a un populacho de Achabs! Lulio se presentaba delante de ellos amenazándoles

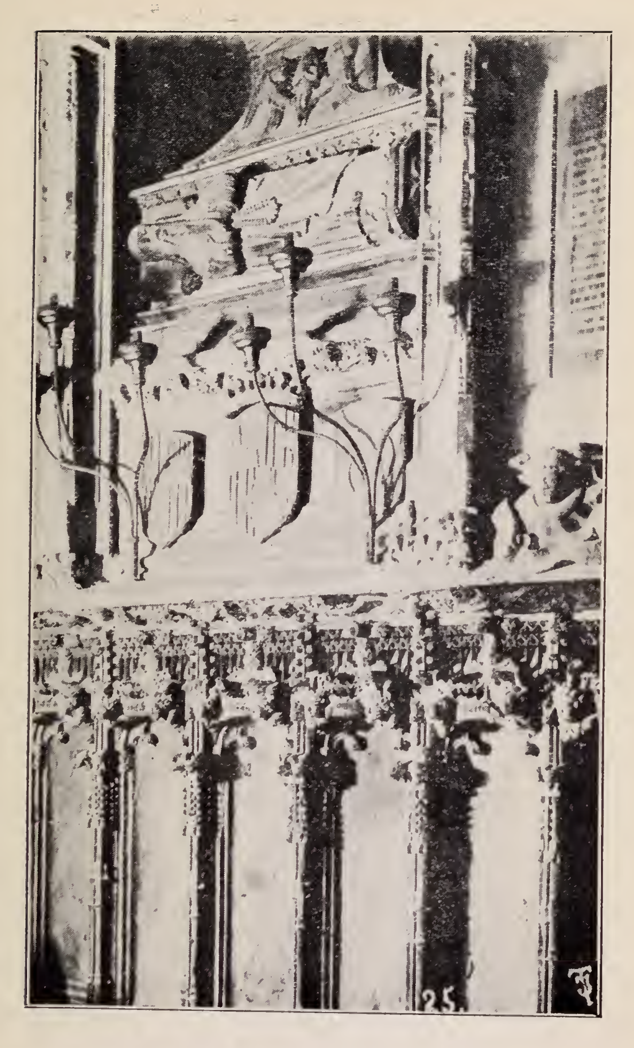
---

(1) Copiado de un antiguo grabado en madera del *scutum fidei* que se halla en el crucero meridional de la Iglesia de Thame, Oxfordshire.

con la ira divina si todavía persistían en sus errores. Imploró con amor, pero habló claramente toda la verdad. Las consecuencias se pueden fácilmente imaginar. Lleno de furia fanática ante su intrepidez e incapaz de replicar a sus argumentos, el populacho se apoderó de él y lo arrastró fuera de la ciudad; allí por orden, o al menos con consentimiento del rey, fué apedreado el 30 de Junio del año 1315.

Si Raimundo Lulio murió aquel día, o si, todavía con vida, fué rescatado por alguno de sus amigos, es cuestión que se disputa entre sus biógrafos. Según esta segunda idea, sus amigos llevaron el santo herido a la playa y fué trasladado en un buque a Mallorca, su tierra natal, muriendo antes de llegar a Palma. Según otros informes, que me parecen más autorizados, Lulio no sobrevivió el apedreamiento por el populacho, sino que murió como Esteban, fuera de la ciudad. También en este caso hombres piadosos acompañaron a Lulio a su sepultura, llevando el cadáver a Palma de Mallorca, donde se le dió lugar de reposo en la Iglesia de San Francisco.

Más tarde se construyó en esta iglesia una tumba elaborada que sirviera de monumento a Lulio. Su fecha es incierta, pero probablemente pertenece al siglo XIV. Encima de los entrepaños



TUMBA DE RAIMUNDO LULIO
en la Iglesia de San Francisco.

esmeradamente labrados de mármol están los escudos de armas o blasones de Raimundo Lulio; a cada lado se hallan brazos de lámpara de bronce para poner cirios. El entrepaño superior horizontal muestra a Lulio en reposo vestido de hábito franciscano, con un rosario a la cintura y sus manos en actitud de oración. ¿No podemos pensar que ésta fué su actitud cuando el populacho enfurecido lanzó las piedras, y golpe tras golpe cayó contra el cuerpo del anciano misionero? Tal vez, no solamente la manera de su muerte, sino aun su última oración fueron semejantes a las de Esteban el primer mártir.

En la enseñanza de la Iglesia de la Edad Media que había tres clases de martirio: La primera, de voluntad y de hecho que es la más alta; la segunda, de voluntad pero no de hecho; la tercera de hecho, pero no de voluntad. San Esteban y todo el ejército de aquellos que fueron martirizados por el fuego o por la espada a causa de su testimonio son ejemplos de la primera clase de martirio. San Juan el Evangelista y otros como él que murieron en el destierro o de vejez cual testigos de la verdad, más sin violencia, son ejemplos de la segunda clase. Los santos inocentes matados por Herodes son un ejemplo de la tercera clase. Lulio a la verdad fué un mártir de vo-

luntad y de hecho. No solamente en Bugía, cuando durmió en Cristo, sino durante todos los años de su vida larga depués de su conversión, fué testigo de la verdad, dispuesto siempre «a cumplir en su carne lo que falta de las aflicciones de Cristo por su cuerpo que es la iglesia.»

Morir apedreado predicando el amor de Cristo a los musulmanes era un fin digno para una tal vida. «Lulio, dice Noble, fué el mayor de los misioneros, desde Pablo a Carey y Livingstone. Su carrera sugiere las de Jonás el profeta, Pablo el misionero y Esteban el mártir. Aunque su muerte fué virtualmente un suicidio, su atrocidad es aminorada por su nostalgia del cielo, su anhelo de estar con Cristo y la sublimidad de su carácter y su carrera.»

CAPITULO X

«Y difunto, aún habla.»

«El que no ama no vive; el que vive por la Vida, no puede morir.» *Raimundo Lulio.*

«Con un paso más, con algún eco que hubiera encontrado en la iglesia o en la época en que vivió, Raimundo Lulio hubiera ocupado el lugar de William Carey, adelantándose a éste nada menos que siete siglos.» *George Smith.*

Neander no vacila en comparar a Raimundo Lulio con Anselmo a quien se asemeja por poseer tres talentos nada comunes entre los hombres y que rara vez se hallan reunidos en una sola persona, es decir: una inteligencia poderosa, un corazón lleno de amor y eficacia en asuntos prácticos. Si reconocemos que Lulio poseía estos tres dones divinos, lo colocamos con ello a la cabeza como el tipo verdadero de lo que debía ser un misionero a los musulmanes en el día de hoy.

El hombre que Helfferich llama «la figura más notable de la Edad Media», siendo muerto, habla

todavía. La tarea que él fué primero en emprender está todavía delante de la Iglesia sin realizar. El misionero moderno al Islam puede ver un reflejo de sus propias pruebas de fe, dificultades, tentaciones, esperanzas y aspiraciones en la historia de Lulio. Solamente con su espíritu de abnegación y de entusiasmo se puede ceñir para el conflicto con este Goliath de los Filisteos, que por trece siglos ha desafiado los ejércitos del Dios viviente.

Los escritos de Lulio contienen divisas gloriosas para la cruzada espiritual contra el Islam en el siglo xx. Cuán conforme con el espíritu misionero de hoy es esta oración, que hallamos al fin de uno de sus libros: «Señor del cielo, Padre de todos los tiempos, cuando Tú enviaste tu Hijo para revestirse de la naturaleza humana, El y sus apóstoles vivían exteriormente en paz con Judíos, Fariseos y otros hombres; pues nunca usaron la violencia para cautivar o matar a ninguno de los incrédulos o de los que les persiguieron. De esta paz exterior se sirvieron para llevar a los errantes al conocimiento de la verdad y a la comunión espiritual con ellos mismos. *Y así, según tu ejemplo habían de conducirse los cristianos con los musulmanes; pero ya que aquel ardor de devoción que resplandecía en los apóstoles y los santos de la antigüedad ha deja-*



CLAUSTRO DE LA IGLESIA DE SAN FRANCISCO
en Palma.

do de inspirarnos el amor y la devoción se han enfriado por casi todo el mundo, y por tanto los cristianos emplean sus fuerzas mucho más en luchas materiales que en las espirituales.»

La guerra de Inglaterra en el Sudán costó cien veces más en hombres y en dinero que todas las misiones a los musulmanes durante el siglo pasado. Sin embargo, aquella se hizo meramente para abatir un usurpador musulmán por el fuego y la espada; éstas representan el esfuerzo de la cristiandad para convertir a más de doscientos millones de almas que están en la oscuridad del Islamismo.

Había mil veces más entusiasmo en la edad oscura para arrebatar un sepulcro vacío a los Sarracenos que hay en nuestros días para llevarles el conocimiento de un Salvador viviente. Seiscientos años después de Raimundo Lulio todavía estamos «jugando a las misiones» en lo que se refiere al Mahometanismo. Pues hay más mezquitas en Jerusalem que misioneros cristianos en toda la Arabia; y más *millones* de musulmanes sin evangelizar en la China que el número de sociedades misioneras que trabajan por los musulmanes en todo el mundo.

En el Africa del Norte, donde Lulio dió testimonio de la verdad, no se empezaron misiones a musulmanes otra vez hasta el año 1884.

Ahora de nuevo asoma la aurora en Marruecos, Trípoli, Túnez, Argelia y Egipto. Sin embargo ¡cuán débiles son los esfuerzos en todos los países musulmanes comparados con las oportunidades gloriosas! ¡Cuán vasta es la obra, todavía por hacer, seiscientos años después de Lulio!

Según estadísticas recientes y completas, la población del mundo mahometano se calcula en 259.680.672. (1) De estos 11.515.402 están en Europa, 171.278.008 en Asia, 19.446 en Australasia, 76.818.253 en Africa y 49.563 en la América del Norte y del Sur. Tres por ciento de la población de Europa es musulmana; Asia tiene dieciocho por ciento, y Africa treinta y siete por ciento. De cada cien almas en el mundo 16 son secuaces de Mahoma. El poder del Islam se extiende por muchos países desde Cantón a la Sierra Leone, y desde Zanzibar al Mar Caspio.

El Islam está creciendo hoy en algunos países aún más rápidamente que en los días de Lulio. Sin embargo, en otros países tales como la Turquía europea, Caucasia, Siria, Palestina y Turquestán el número de musulmanes decrece. En los días de Lulio el imperio de la fe musulmana y de la política musulmana casi coincidían.

(1) Dr. Hubert Jansen, «Extensión del Islam», Berlin 1897; una maravilla de investigación y exactitud.

En ninguna parte había libertad verdadera y todas las puertas de acceso parecían atrancadas. Ahora cinco sextas partes del mundo musulmán son accesibles a extranjeros y misioneros; pero ni la séxagesima parte ha sido ocupada por las misiones. No hay misiones a los musulmanes en todo el Afghanistán, Turquestán occidental, Arabia occidental, central y meridional, Persia meridional, y regiones vastas en el Africa central septentrional.

Las estadísticas misioneras de trabajo expresamente hecho entre los musulmanes son una excusa de apatía más bien que una indicación de acometividad. La Iglesia olvidó su herencia del gran ejemplo de Lulio y se quedó atrasada en algunos siglos. Mil años depués del Islam llegó el primer misionero a Persia; Arabia esperó doce siglos, en la China el Islam llevaba ya mil y cien años. Esta negligencia parece tanto más inexcusable, si consideramos las grandes oportunidades de hoy. Más de 125 millones de musulmanes están ahora bajo gobiernos cristianos. Las llaves de todas las entradas del mundo musulmán están hoy en poder político de potencias cristanas con excepción de Meca y de Constantinopla.

Considérese solamente por ejemplo, Gibraltar, Argelia, Cairo, Túnez, Khartum, Batum, Aden y

Muskat, para no hablar de la India y del extremo Oriente.

Es imposible bajo el pabellón de los «infieles» aplicar las leyes que castigan con pena de muerte a los que reniegan del Islam.

Se podría casi visitar la Meca con tanta facilidad como Lulio visitó Túnez, si se mantuviera vivo entre nosotros el mismo espíritu de martirio que inspiró al misionero de Palma. El viaje desde Londres a Bagdad se puede realizar ahora con menos fatiga y en menos tiempo del que Lulio habrá necesitado para ir de París a Bugía.

¡Cuántas más esperanzas ofrece también la condición del Islam hoy!

La descomposición filosófica del sistema empezó muy temprano, pero ha avanzado más rápidamente en el siglo pasado que en los doce precedentes.

La fuerza del Islam consiste en estar quieto, en prohibir pensar, en amordazar a los reformistas, en abominar el progreso. Mas los Wahabitas «dispararon su arco a la ventura» e hirieron a su rey «por entre las junturas de la armadura.» La acusación de falta de ortodoxia que hicieron contra el Mahometanismo turco dió que pensar a todo el mundo. Abd-ul-Wahab intentaba reformar al Islam excavando en busca de los cimientos originales. ¡El resultado fué que ahora

tienen que apuntalar la casa! En la India procuran disculpar la moral de Mahoma sujetando el Corán a la alta crítica. En Egipto musulmanes prominentes abogan por la abolición del velo. En Persia el movimiento de Babi ha socavado el Islam por todas partes. En Constantinopla procuran echar vino nuevo en cueros viejos, diluyendo cuidadosamente el vino; el partido de los Jóvenes Turcos hace peor la rotura de la ropa vieja con su política de remiendos nuevos.

Hay que añadir a todo esto que la Biblia ahora habla los idiomas del Islam, y en todas partes prepara el camino para la victoria de la cruz. Aun en el mundo musulmán, y a pesar de todos los impedimentos, «amanece el día por todos lados». La gran lección de la vida de Lulio es que nuestras armas contra el Islam nunca deben ser carnales.

El amor, y solo el amor, vencerá. Pero ha de ser un amor abnegado y que lo consuma todo y un amor que sea fiel hasta la muerte.

«Considerándole en conjunto—dice Noble—los millares de dones y gracias de Lulio hacen de él la estrella matutina y vespertina de las misiones». Presagió el ocaso de las misiones de la Edad media y fué el heraldo de la aurora de la Reformo. La historia de su vida y de sus trabajos por

el bien de Musulmanes durante la edad oscura es un reto de fe que se nos dirige a nosotros que vivimos a la luz del siglo veinte para que sigamos en los pasos de Raimundo Lulio y ganemos todo el mundo musulmán para Cristo.

BIBLIOGRAFIA

A. Libros escritos por Raimundo Lulio

(Uno de los biógrafos de Lulio declara que las obras de Lulio alcanzaban el número de cuatro mil. Muchas de éstas se han perdido. Se dice de sus escritos en Latín, Catalán, y Arabe que existían un millar en el siglo quince. Sólo doscientas ochenta y dos eran conocidas en el año 1721 a Salzinger de Maguncia, y a pesar de eso solamente cuarenta y cinco de estas incluyó en su edición de las obras de Lulio en diez tomos. Se disputa si los tomos siete y ocho llegaron a publicarse. Algunas de las obras no publicadas de Lulio se pueden hallar en la Biblioteca Imperial, las bibliotecas del Arsenal y de Ste Geneviéve en París, también en las bibliotecas de Angers, Amiens, El Escorial etc. La mayoría de sus libros se escribieron en latín; algunos primeramente en Catalán y luego traducidos por sus discípulos; otros solamente en Catalán o en Arabe. En las Acta Sanctorum tomo XXVI, página 640 y siguientes hallamos el siguiente catálogo clasificado de *trescientos ventiún libros* de Raimundo Lulio.)

I. *Libros sobre Artes Generales.*

1. Ars generalis
2. Ars brevis
3. Ars generalis ultima.

4. Ars demonstrativa veritatis.
5. Ars altera demonstrativa veritatis.
6. Compendium artis demostrativæ.
7. Lectura super artem demonstrativæ.
8. Liber correlativorum innatorum.
9. Ars inventiva veritatis.
10. Tabula generalis ad omnes scientias applicabilis.
11. Ars expositiva.
12. Ars compendiosa inveniendi veritatem.
13. Ars alia compendiosa.
14. Ars inquirendi particularia in universalibus.
15. Liber propositionum secundum, etc.
16. Liber de descensu intellectus.
17. Ars penultima.
18. Ars scientiæ generalis.
19. Lectura alia super artem inventivam veritatis
20. De conditionibus artis inventivæ.
21. Liber de declaratione scientiæ inventivæ.
22. Practica brevis super artem brevem.
23. Liber de experientia realitatis artis.
24. Liber de mixtione principiorum.
25. Liber de formatione tabularum.
26. Lectura super tabulam generalem.
27. Practica brevis super ecamdem.
28. Lectura super tertiani figuram tabulæ generalis.
29. Liber facilis scientiæ.
30. De quæstionibus super eo motis.
31. Liber de significatione.
32. Liber magnus demonstrationus.
33. Liber de lumine.
34. Liber de inquisitione veri et boni in omnia materia.
35. Liber de punctis transcendentibus.
36. Ars intellectus.

37. De modo naturali intelligendi in omni scientia.
38. De inventione intellectus.
39. De refugio intellectus.
40. Ars voluntatis.
41. Ars amativa boni.
42. Ars alia amativa (comienza Ad recognoscendum).
43. Ars alia amativa (comienza Deus benedictus).
44. Ars memorativa.
45. De quæstionibus super ea motis.
46. Ars alia memorativa.
47. De principio, medio et fine.
48. De differentia, concordantia, et contrarietate.
49. De equalitate, majoritate, et minoritate.
50 De fine et majoritate.
51. Ars consilii.
52 Liber alius de consilio.
53. Liber de excusatione Raymundi.
54. Liber ad intelligendum doctores antiquos.
55. Ars infusa.
56. Art de fer y soltar questions (Catalán).
57. Fundamentum artis generalis.
58. Supplicatio Raymundi ad Parienses.
59. Liber ad memoriam confirmandam.
60. Liber de potencia objecta et actu.
61. Ars generalis rhythmica.

II. *Libros sobre Gramática y Retórica.*

62. Ars grammaticæ speculativæ completissima.
63. Ars grammaticæ brevis.
64. Ars rhetoricæ.
65. Rhetorica Lulli.

III. *Libros sobre Lógica y Dialéctica.*

66. Liber qui vocatur logica de Grozell (versu vulgari)
67. Logica parva.
68. Logica nova.
69. Dialecticam seu logicam novam.
70. Liber de novo modo demonstrandi.
71. Liber de fallaciis.
72. Logica alia de quinque arboribus.
73. Liber de subjecto et prædicato.
74. Liber de conversione subjeti et prædicati, etc.
75. Liber de syllogismis.
76. Liber de novis fallaciis.
77. Liber de modo natural iet syllogistico
78. Liber de affirmatione et negatione et causa earum
79. Liber de quinque prædicabilibus.
80. Liber qui dicitur a fallacia Raymundi.

IV. *Libros sobre Filosofía.*

81. Liber lamentationes duodecim princip. philosoph.
82. Liber de principiis philosophiæ.
83. Liber de ponderositate et levitate elementorum.
84. Liber de anima rationali.
85. Liber de reprobatione errorum Averrois
86. Liber contra ponentes æternitatem mundi.
87. Liber de quæstionibus.
88. Liber de actibus potentiarium, etc.
89. Liber de anima vegetativa et sensitiva.
90. Physica nova.
91. De Natura.
92. Ars philosophiæ.
93. De consequentis philosophiæ.
94. Liber de generatione et corruptione.

95. Liber de graduatione elementorum.
96. Liber super figura elementari.
97. Liber de qualitatibus, etc., elementorum.
98. Liber de olfactu.
99. Liber de possibili et impossibili.
100. Ars compendiosa principiorum philosophiæ.
101. Liber de intensitate et extensitate.

V. *Libros sobre Metafísica.*

102. Metaphysica nova.
103. Liber de ente reali et rationis.
104. De proprietatibus rerum.
105. Liber de homine.
106. De magnitudine et parvitate hominis.

VI. *Libros sobre varias artes y ciencias.*

107. Ars politica.
108. Liber militiæ secularis.
109. Liber de militia clericali.
110. Ars de Cavalleria.
111. Tractatus de astronomia.
112. Ars astrologiæ.
113. Liber de planetis.
114. Geometria nova.
115. Geometria magna.
116. De quadrangulatura et triangulatura circuli.
117. Ars cognoscendi Deum per gratiam.
118. Ars arithmetica.
119. Ars divina.

VII. *Libros sobre Medicina.*

120. Ars de principiis et gradibus medicinæ.
121. Liber de regionibus infirmitatis et sanitatis.
122. Liber de arte medicinæ compendiosa.
123. Liber de pulsibus et urinis.
124. Liber de aquis et oleis
125. Liber de medicina theorica et practica.
126. Liber de instrumento intellectus in medicina.

VIII. *Libros sobre Jurisprudencia.*

127. Ars utriusque juris.
128. Ars juris particularis.
129. Ars principiorum juris.
130. Ars de jure.

IX. *Libros de devoción y contemplación.*

131. Liber natalis pueri Jesu.
132. Liber de decem modis contemplandi Deum.
133. Liber de raptu.
134. Liber contemplationis in Deo.
135. *Liber Blancherna* (titulado también, Blanquerna).
136. Liber de orationibus et contemplationibus.
137. Liber de meditationibus, etc.
138. Liber de laudibus B. Virginis Mariæ.
139. Liber appelatus clericus sive pro clericis.
140. Phantasticum (autobiográfico).
141. Liber de confessione.
142. Liber de orationibus.
143. Philosophia amoris.
144. Liber Proverbiorum.
145. Liber de centum nominibus Dei.

146. Orationes per regulas artis, etc.
147. Horaæ Deiparæ Virginis, etc.
148. Elegiacus Virginis planctus.
149. Lamentatio, seu querimonia Raymundi.
150. Carmina Raymundi consolatoria.
151. Mille proverbia vulgaria.
152. Versus vulgares ad regem Balearium.
153. Tractatus vulgaris metricus septem articulos fidei demonstrans.
154. Liber continens confessionem.
155. Primum volumen comtemplationum.
156. Secundum volumen contemplationum.
157. Tertium volumen contemplationum.
158. Quartem volumen contemplationum.
159. De centum signis Dei.
160. De centum dignitatibus Dei.
161. Liber de expositione rationis Dominicæ.
162. Liber alius de eodem.
163. Liber de Ave Maria.
164. Liber dictus, Parvum contemplatorium.
165. Liber de præceptis legis . . . et sacramentis, etc.
166. Liber de virtutibus et peccatis.
167. Liber de compendiosa contemplatione.
168. Liber Orationum.
169. Liber de Orationibus per decem regulas.
170. Liber de viis Paradisi et viis Inferni.
171. Liber de orationibus et contemplationibus.
172. Liber dictus, Opus bonum.
173. Liber de conscientia.
174. Liber de gaudiis Virginis.
175. Liber de septem horis officii Virginis.
176. Liber alius ejusdem argumenti.
177. Planctus dolorosus Dominæ nostræ, etc.
178. Ars philosophiæ desideratæ (ad suum filium).

179. Ars contitendi.
180. Liber de doctrina puerili.
181. Doctrina alia puerilis parva.
182. Liber de prima et secunda intentionibus.
183. Blancherna magnus.
184. Liber de placida visione.
185. Liber de consolatione eremitica.
186. Ars ut ad Deum cognoscendum, etc.
187. Liber ducentorum carminum.
188. Liber de vita divina.
189. Liber de definitionibus Dei.
190. Primo libre el desconsuelo de Ramon (Catalan).
191. Liber hymnorum.
192. Liber sex mille proverbiorum in omnia materia.

X. *Libro de sermones o sobre la predicación.*

193. Ars prædicabilis.
194. Liber super quatuor sensus S. Scripturæ.
195. Ars. prædicandi major.
196. Ars prædicandi minor.
197. Liber quinquaginta duorum sermonum, etc.
198. Commentaria in primordiale Evang. Joannis.

XI. *Libro sobre varios asuntos (Libri Quodlibetales).*

199. Liber primæ et secundæ intentionis.
200. Liber de miraculis cæli et mundi.
201. Arbor scientiæ.
202. Liber quæstionum super artem, etc.
203. Liber de fine.
204. Consilium Raymundi.
205. Liber de acquisitione terræ sanctæ.

206. Liber de Anti-Christo.
207. Liber de mirabilibus orbis.
208. Liber de civitate mundi.
209. Liber variarum quæstionum.
210· Liber de gradu superlativo.
211. Liber de virtute veniali et mortali.

XII. *Libros de discusión y controversia*

212. Liber de gentile et tribus sapientibus.
213. Tractatus de articulis fidei.
214. De Deo ignoto et de mundo ignoto.
215. Liber de efficiente et effectu.
216. Disputatio Raymundi et Averroistæ de quinque quæstionibus.
217. Liber contradictiones inter Raymund et Averroistam, de mysterio trinitatis.
218. Liber alius de eodem.
219. Liber de forma Dei.
220. Liber utrum fidelis possit solvere obcjetiones, etc.
221. Liber disputationis intellectus et fidei.
222. Liber appellatus apóstrophe.
223. Liber de demonstratione per æquiparantiam.
224. Liber de convenientia quam habent fides et intellectus.
225. Liber de iis quæ homo de Deo debet credere.
226. Liber de substantia et accidente.
227. Liber de Tinitate in Unitate.
228. Disputatio Raymundi Lulli et Homerii Saraceni.
229. Disputatio quinque hominum sapientum.
230. Liber de existentia et agentia Dei contra Averroem.
231. Declaratio Raymundi Lulli, etc.
232. De significatione fidei et intellectus.
223. Ars theologi et philosophiæ contra Averroem.

224. Liber de spiritu sancto contra Græcos.
225. Quod in Deo non sint plures quam tres personæ.
236. De non multitudine esse divini.
237. Quid habeat homo credere.
238. De ente simpliciter per se contra Averrois.
239. De perversione entis removenda.
240. De minori loco ad majorem ad probandam Trinitatem.
241. De concordantia et contrarietate.
242. De probatione unitatis Dei, Trinitatis, etc.
243. De quæstione quadam valde alta et profunda.
244. Disputatio trium sapientum.
245. Liber de reprobatione errorem Averrois.
246. Liber de meliore lege.
247. Liber contra Judæos.
248. Liber de reformatione Hebraica.
249. Liber de participatione Christianorum et Saracenorum.
250. De adventu Messiæ contra Judæos.
251. Liber de vera credentia et falsa.
252. Liber de probatione articulorum fidei.
253. Disputatio Petri clerici et Raymund Phantastici.
254. Liber dictus, Domine quæ pars?
255. De probatione fidei Catholicæ.
256. Tractatus de modo convertendi infideles.
257. De duobus ætibus finalibus.

XIII. *Libros sobre Teologia.*

258. Liber quæst. super quatuor libros sententiarum.
259. Quæstiones magistri Thomæ, etc.
260. Liber de Deo.
261. Liber de ente simpliciter absoluto.
262. Liber de esse Dei.

263. Liber de principiis Theologiæ.
264. Liber de consequentis Theologiæ.
265. De investigatione divinarum dignitatum.
266. Liber de Trinitate.
267. Liber de Trinitate trinissima.
268. De inventione Trinitatis.
269. De unitate et pluralitate Dei.
270. De investigatione vestigiorum, etc.
271. De divinis dignitatibus.
272. De propriis rationibus divinis.
273. De potestate divinarum rationum.
274. De infinitate divinarum dignitatum.
275. De actu majori, etc.
276. De definitionibus Dei.
277. De nomine Dei.
278. De (——?) Dei.
279- De natura Dei.
280. De vita Dei.
281. De est Dei.
282. De esse Dei.
283. De essentia et esse Dei.
284. De forma Dei.
285. De inventione Dei.
286. De memoria Dei.
287. De unitate Dei.
288. De voluntate Dei absoluta et ordinaria
289. De potestate Dei.
290. De potestate pura.
291. De potestate Dei infinita et ordinaria.
292. De divina veritate.
293. De bonitate pura.
294. De productione divina.
295. De scientia perfecta.
296. De majori agentia Dei.

297. De infinito Esse.
298. De perfecto Esse.
299. De ente infinito.
300. De ente absoluto.
301. De objecto infinito.
302. De inveniendo Deo.
303. Liber de Deo.
304. De Deo majori et minori.
305. De Deo et mundo et convenientia eorum in Jesu Christo.
306. Liber de Deo et Jesu Christo.
307. De incarnatione.
308. Liber ad intelligendum Deum.
309. Propter bene intelligere diligere et possificare.
310. De prædestinatione et libero arbitrio.
311. Liber alius de prædestinatione.
312. Liber de natura angelica.
313. Liber de locutione angelorum.
314. Liber de hierarchiis et ordinibus angelorum.
315. De angelis bonis et malis.
216. Liber de conceptu virginali.
317. Liber alius conceptu virginali.
318. Liber de creatione.
319. Liber de justitia Dei.
320. Liber de conceptione Virginis Mariæ.
321. Liber de angelis.

Como adición a esta lista larga de obras sobre todas las ciencias concebibles el autor de los «Acta Sanctorum» da una lista de cuarenta y un libros sobre magia y alquimia falsamente atribuídos a Lulio o publicados bajo su nombre por otros de su época.

Las siguientes de las obras de Lulio han sido *impresas:*

Obras reunidas de Lulio, 10 tomos, Salzinger, Mainz, 1721-42.
Obras rimadas de Lulio, Roselló, Palma 1859.
Ars Magna generalis ultima. Majorca 1647.
Arbor Scientiæ. Barcelona, 1582.
Liber Quæstionum super quatuor, etc. Lyons, 1451.
Quæstiones Magistri, etc. Lyons, 1451.
De articulis fidei, etc. Majorca, 1578.
Controversia cum Homerio Sarraceno Valencia, 1510.
De demonstratione Trinitatis, etc. Valencia, 1510.
Libri duodecem princip., etc. Strasbourg, 1517.
Philosophiæ in Averrhoistas, etc. París, 1516.
Phantasticus. París, 1499.

La poesía catalana de Lulio y sus proverbios se pueden hallar en las colecciones de la literatura provenzal; véase especialmente la vida de Lulio por Adolf Helfferich.

B. Libros acerca de Raimundo Lulio.

Bouvelles: Epistol in Vit. R. Lull eremitæ. Amiens. 1511
Pax: Elogium Lulli. Alcala, 1519.
Seguí. Vida y hechos del admirable doctor y mártir Ramón Lull, Palma, 1606.
Vida admirable del ínclito mártir de Cristo B. Raimundo Lulio, por Fr. Damián Cornejo. Madrid, 1686.
Colletet. Vie de R. Lulle. París 1646.
Perroquet: Vie et Martyre du docteur illuminé. R. Lulle. Vendome, 1667.

Nicolás de Hauteville: Vie de R. Lulle. 1666.
Vernon: Hist. del la sainteté et de la doctrine de R. Lulle. París, 1668.
Anon.: Dissertacion histórica del culto inmemorial del beato R. Lulli. Majorca, 1700.
Wadding: Annales Franciscan, t. iv., p. 422, 1732.
Antonio: Bibl. Hisp. Vetus, vol. ii., p. 122. Madrid, 1788.
Loëv: De Vita de R Lullispecimen. Halle, 1830.
Delécluze: Vie de R. Lulle (in Revue des Deux Mondes, November 15, 1840). París, 1840.
* Helfferich: Raymund Lull und die Anfänge d. Catalonischen Literature. Berlín, 1858.
* Neander: Church History, vol. iv. London, 1851.
* Maclear: History of Christian Missions in the Middle Ages. London, 1863.
* Tiemersma: De Geschiedenis der Zending tot op den tijd der Hervorming. Nijmejen, 1888.
* Keller: Geisteskampf des Christentums gegen d. Islam bis zur zeit der Kreuzzüge. Leipzig. 1896.
* Noble: The Redemption of Africa. vol. i. New Yok, 1899.
* [Encyclop. Brit., ninth edition, vol. xv., p. 63. McClintock and Stron's Cyclopedia, vol. v., p. 558. Church Histories. Short History of Missions by Dr. George Smith, etc.]
* "Acta Sanctorum," vol. xxvii., pp. 581-676, 1695-1867.†

* Consultados en la preparación del presente libro.

APÉNDICE

I

Párrafos sacados de las obras filosóficas de Raimundo Lulio. (1)

Del Arbol de la Ciencia.

«Dijo la virtud a el vicio: ¿«Quién es tu padre»? Respondió el vicio: «Tu privación es mi madre.»

El vicio dijo a la virtud: «¿Por qué te aman tanto los hombres?» Respondióle el vicio: «Por cuanto tú estás ociosa.»

Dijo la virtud a el vicio: «¿Por qué eres mi contrario?» Respondióla el vicio que la es contrario para que ella sea grande.

El vicio dijo a la virtud: «¿Dónde estás?» Respondió la virtud: «Yo estoy en el lugar en que tú no estás.»

Dijo la virtud a el vicio: «Yo te acusaré en el día de el juicio.» Respondióla el vicio: «El libre albedrío me excusará con el juez.»

Dijo el vicio a la virtud: «¿Por qué no tienes temor?» Respondióle la virtud: «Porque no tienes conciencia.»

---

(1) De la Biblioteca de Autores Españoles, de Rivadeneyra. Tomo XLV-Obras escogidas de Filósofos, con un Discurso preliminar de D. Adolfo de Castro.

Dijo la virtud a el vicio: «¿Por qué amas las tinieblas?» Respondióla: ¿Y por qué tu no andas de día?»

El vicio dijo a la virtud: «¿Tienes hermano?» Respondió: «La pena que padecerás será mi hermano.»

Dijo la virtud que ella estaba en el anillo de el Rey; respondió el vicio que él estaba en la voluntad de el Rey.

Dijo la virtud a el vicio que la maltrataba en el hombre pobre; respondióla el vicio que se quejase a el hombre rico.»

De los ejemplos de el fruto del árbol moral.

«Cuéntase que la virtud y el mérito se encontraron en el árbol moral, y porfiaban recíprocamente, porque la virtud decía que el mérito era su fruto. Y el mérito decía que ella no sabía lo que un caballo decía al Rey. «¿Y cómo fué eso?» dijo la virtud.—Cuéntase, dijo el mérito, que cierto rey tenía un halcón, el cual cazaba bien las grullas; sucedió pues que el Rey había ido cierto día a caza, y que con el halcón cogió una grulla que bajaba desde las nubes de el cielo hasta la tierra; entonces el Rey se alegraba mucho con el halcón que había muerto tan bien aquella grulla; y dijo a el halcón que le amaba mucho. Pero el caballo dijo a el Rey que se maravillaba mucho de que el Rey amaba tanto al halcón, que lo que hacía, no lo hacía para dar gusto al Rey, sino para poder comer. Pero el Rey dijo al caballo que no lo creía, y le dijo que él tenía envidia; y entonces el Rey hirió el caballo con las espuelas y le hizo correr mucho tiempo; empero el caballo dijo al Rey que el podía probar por experiencia lo que él le decía: porque si daba de comer a el halcón, él no iría por su amor a matar las grullas, porque no va a ellas sin gran fastidio y trabajo. Y que también el Rey le debía creer a él; porque ayuno y habiendo comido le llevaba a cuestas donde quería, y que cuando le hería con las espuelas te-

nía paciencia, la cual no tendría el halcón si el Rey le maltratase y hiriese. Y entonces el Rey conoció que el caballo decía la verdad; y le dijo que había adquirido el mérito, y que le quería amar más que a el halcón, que lo que hacía, no lo hacía por su amor, sino por su necesidad propia, y cuando le disgustaba, el halcón huía de él, y volvía a él para que le diese de comer.»

De los ejemplos de los ramos de el árbol angelical

«Cuéntase que en cierta iglesia catedral había un obispo, que era hombre idiota, que no sabía predicar, ni reprender sus canónigos de los males que hacían, por cuanto no conocía sus delitos ni defectos. Pero los canónigos deseaban que aquel obispo fuese muerto, y el tener un obispo sabio, que supiese predicar y conocer sus bondades. Sucedió pues que aquel obispo murió, y que tuvieron otro obispo discreto, que predicaba bien y conocía los delitos y las demás faltas que cometían, y les reprendía; de manera que las tenía cotidianamente en trabajo. Por lo cual cierto día los canónigos pidieron consejo a un canónigo viejo sobre lo que harían de aquel obispo, porque no podían sufrir ya los trabajos que les daba. Aquel canónigo respondió, diciendo que hiciesen lo que hace el buen angel. «¿Y qué hace el buen angel?» dijeron los canónigos. Respondió el canónigo: «El buen angel mezcla recíprocamente sus ramos, y los mezcla en la *concordancia;* por eso si vosotros mezclais el deseo que tuvistes (cuando el otro obispo era vivo) con lo que conocéis de este obispo, de modo que la mixtion sea en la *concordancia*, tendréis con él quietud y reposo; porque él es bueno, y si os conociese buenos, os amaría como a buenos; pero que él sea bueno y discreto, y vosotros malos,

y queréis que él sea sabio, sois ocasión sin duda de vuestro trabajo »

De los ejemplos de el fruto de el árbol eternal

«Cuéntase que cierto hombre oía predicar de el paraíso y de el infierno, y que el predicador decía que los buenos hombres tendrían en el paraíso gloria eterna, y que los malos hombres tendrían en el infierno pena eterna; después de el sermón aquel hombre consideró y pensó mucho en lo que había oído a el predicador de la gloria de el paraíso y de la pena de el infierno; y sentía en sí mayor temor de las penas de el infierno, que deseo de la gloria de el paraíso; y tan contínuamente consideró las penas de el infierno, y estuvo tanto tiempo en aquella consideración, que no se recordó casi de Dios ni de el paraíso. Y aquel gran temor que le tuvo, hizo andar macilento y que enflaqueciese y cayese enfermo; por eso dijo a su alma que el temor que tenía le haría morir, y entonces propuso olvidar las penas de el infierno y desear la gloria de el paraíso: porque el desear bienes grandes hace que el cuerpo esté gordo y sano y el alma alegre y contenta; pero por cuanto había permanecido mucho tiempo considerando las penas de el infierno y olvidándose de el paraíso, no podía usar a su placer de su memoria, porque la había alimentado con demasía en memorar las penas y en olvidar la gloria; por eso propuso de ir a cierto amigo suyo, que era muy sabio, y le contó su estado, para que le diese consejo, y el modo de poder memorar el paraíso y olvidarse de el infierno, por cuanto sentía se iba muriendo de temor y miedo. Y su amigo le dijo que la razón por que memoraba más las penas de el infierno que la gloria de el paraíso, era por cuanto se amaba más a sí mismo que a Dios; porque aquellas cosas que más ama el hombre, las recuerda más; y el hombre teme más la

deshonra y pérdida de aquello que ama más, que el mal de aquello que no ama tanto. Y entonces el hombre comenzó a amar más a Dios que a sí mismo, y a memorar más la *bondad* de Dios que la suya propia, y decía que valía más aquella que la suya. Y él quería esto, y decía que era la razón grande, por cuanto la *bondad* de Dios es la fuente y el fruto adonde se cogen todos los bienes. De tal manera se acostumbró aquel hombre a memorar la *bondad* de Dios, que no tenía temor de las penas de el infierno, y casi no cuidaba de sí mismo; porque no amaba el honor ni el descanso ni las riquezas, y lo mismo le era cuando le decían injurias como cuando comía, y cuando le mostraban el semblante airado, como cuando le acariciaban y saludaban, y cuando le vituperaban y ofendían como cuando le honraban; ni él se acordaba de la venganza, pero cuando Dios era ofendido y deshonrado (a quien él amaba tanto), permanecía en dolor y tristeza, y decía a las gentes: ¡«Ah gentes! ¿por qué pecáis, y por qué deshonráis a mi amado? Porque si consideraseis muchas veces el dolor y mal que sigue a el pecado, no tendríais alegría ni gusto de cosa alguna.»

De la fe y de la esperanza.

«La fe es la luz y certificación de el gran poder, humildad y misericordia de Dios; porque gran poder es aquel que hace existir una persona de dos naturalezas, es a saber de la naturaleza divina y humana; la cual persona se llama Jesucristo. Y gran humildad es que la divina naturaleza, que es el Hijo de Dios, quiera vestirse de nuestra naturaleza humana, la cual es Cristo hombre. Y gran misericordia fué que Dios, sin que el género humano pidiese perdón, quisiese perdonar por la encarnación, que tomó la misericordia la cual es Dios. Por eso la fe causa la gran esperanza que el hombre tiene en el gran poder de Dios

y en su gran misericordia, piedad y humildad. La cual esperanza verdaderamente no podría ser, si el hombre no creyese la encarnación de Dios. Y en este pasaje se conoce que los infieles no están dispuestos a tener tanta esperanza como los cristianos, siendo así que los infieles no creen la encarnación de Dios.»

II

Algunas estrofas de «El Desconsuelo» (1)

Cuando consideré el estado del mundo y cuán pocos son los cristianos y muchos los incrédulos e infieles, conmovido mi corazón me hizo concebir el pensamiento de acudir a los prelados, reyes y religiosos; demostrándoles los medios de pasar a los dominios de los moros y cómo con predicaciones, argumentos y armas se pudiera dar tal ensalzamiento a nuestra fe, que los infieles viniesen a verdadera conversión. En esto me he ocupado por treinta años, y en verdad que nada he podido alcanzar; por eso estoy tan triste, y tan a menudo lloro, que me veo reducido a grande flaqueza.

---

(1) El título de este poema en el original dice así: «Aquest es lo *Desconort* que mestre Ramon Lull feu eu sa vellessa com viu que lo papa ne los altres senyors del mon, no volgueren metre orde en convertir los infaels, segons que ell los requeri moltes é diverses vegades.»

El poema es un diálogo entre el autor y un imaginario ermitaño que procura consolarlo del fracaso de sus aspiraciones, y que acaba por convencerse de la bondad de los proyectos concebidos por Lulio

. . . .

Estando así abismado en honda melancolía, miré lejos y ví llegar un hombre con un cayado en la mano, luenga la barba y vestido de cilicio; y según su gesto parecíame ermitaño. Y acercándose a mí, díjome: Qué causa era la de mi duelo y de mis lágrimas, y si en algo podíame ayudar.

. . . .

Raimundo, ¿cómo pensáis que por la predicación pudiese el hombre conducir los moros al bautismo? Según la ley que Mahoma dejó escrita, les está prohibido disputar con los cristianos, y debe ser penado quien mal dijere de su ley; por eso me parece que no fuera útil ir allá. Además, no sería fácil encontrar hombres que supiesen el idioma arábigo, y poco se alcanzaría si tuviesen que valerse de intérpretes. Si algunos hubiera que quisieran aprender aquella lengua, tardarían mucho en saberla; por lo mismo os aconsejo que nos vayamos los dos a una alta montaña para contemplar a Dios.

. . . .

Ermitaño, en tal estado se hallan los moros, que muchos de sus sabios por razón natural no creen en Mahoma, antes hacen poco aprecio del Corán, porque Mahoma vivió deshonestamente. Por este motivo no fuera difícil la conversión de ellos, si les patentizasen con buenos argumentos las verdades de nuestra fe, y después los convertidos reducirían el vulgo a la misma creencia. Ni es cierto además que se necesite mucho tiempo para aprender la lengua arábiga, ni es necesario desde luego decir mal de Mahoma. Y a quien hace lo que puede, el Espíritu Santo le ayuda y da cumplimiento a su buen propósito.

. . . .

Raimundo, cuando Dios quiera la entera conversión del mundo, entonces dará las lenguas por el Espíritu Santo para predicar, así como sucedió con los apóstoles de Jesucristo, según está escrito; y será oída la predicación por todo el orbe, y todos los hombres estarán unidos en la misma fe, la cual jamás será en este mundo disipada, y jamás el pecado consentido.

. . . .

Ermitaño, Dios siempre quiere que el hombre le ame y conozca la verdad. Por esto le ha dado el libre albedrío, así para hacer el bien como para dejar el mal; y forzado obrara si en nuestros tiempos no pudiese amar a su prójimo y a Dios, procurando su honra. Así pues, en lo que decís pecáis mucho al asegurar que todas las cosas estén ligadas, que en la actualidad no es posible la conversión de los que yerran y que Dios no puede ayudarles en el negocio de su honra: por lo cual vuestro hablar mucho me desconsuela.

. . . .

Raimundo, paréceme que no sois hombre paciente, porque veo que por ninguna cosa os queréis aquietar. Acordáos de Job, que perdió tantas cosas, que sufrió en su persona tantos tormentos y vino a tanta pobreza, que no tuvo cosa alguna; y sin embargo aquél recibió consuelo, y vos por ninguna cosa del mundo os queréis consolar; y eso que estáis sano, tenéis heredades, dinero, vestidos, hijos y otras cosas de que los hombres reciben contentamiento.

. . . .

Ermitaño, no es mucho sufrir resignado la pérdida de

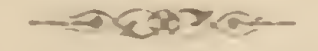
hijos, salud y fortuna cuando Dios lo quiere. Mas ¿quién podrá jamás consolarse al ver el olvido y el menosprecio en que a Dios se tiene, al oir blasfemado su nombre e ignorado su ser, cuando esto tanto le agravia? Y aun no sabéis vos lo mucho que por su amor fuí escarnecido, golpeado, maldecido, tirado de las barbas y puesto en peligro de muerte; a todo lo cual por su virtud me he resignado. Pero no hay hombre en el mundo que pueda consolarme cuando veo lo poco que se le honra sobre la tierra.

. . . .

Ermitaño, propóngome volver a los moros, para traerlos a la fe; y voy sin temor a la muerte, que arredra más que cualquier escarnio sufrido por la honra de Jesucristo. Yo no la temo, porque el hombre debe desearla.

. . . .

El ermitaño se acordaba del trabajo y las fatigas que Raimundo había durante tantos años arrostrado, y de que aún iba a ponerse en gran peligro. Alzó los ojos al cielo, y de rodillas, con las manos juntas, y, con ardiente celo, caridad y lágrimas, dijo: ¡Oh, Dios piadoso! por merced os pido que no desamparéis a Raimundo y que le guardéis del mal. A vos, Dios poderoso, os encomiendo mi amigo Raimundo. Enviad al mundo hombres dispuestos como él, a morir por vuestro amor y que como él vayan mostrando la verdad de la santa fe, predicando por todo el orbe.

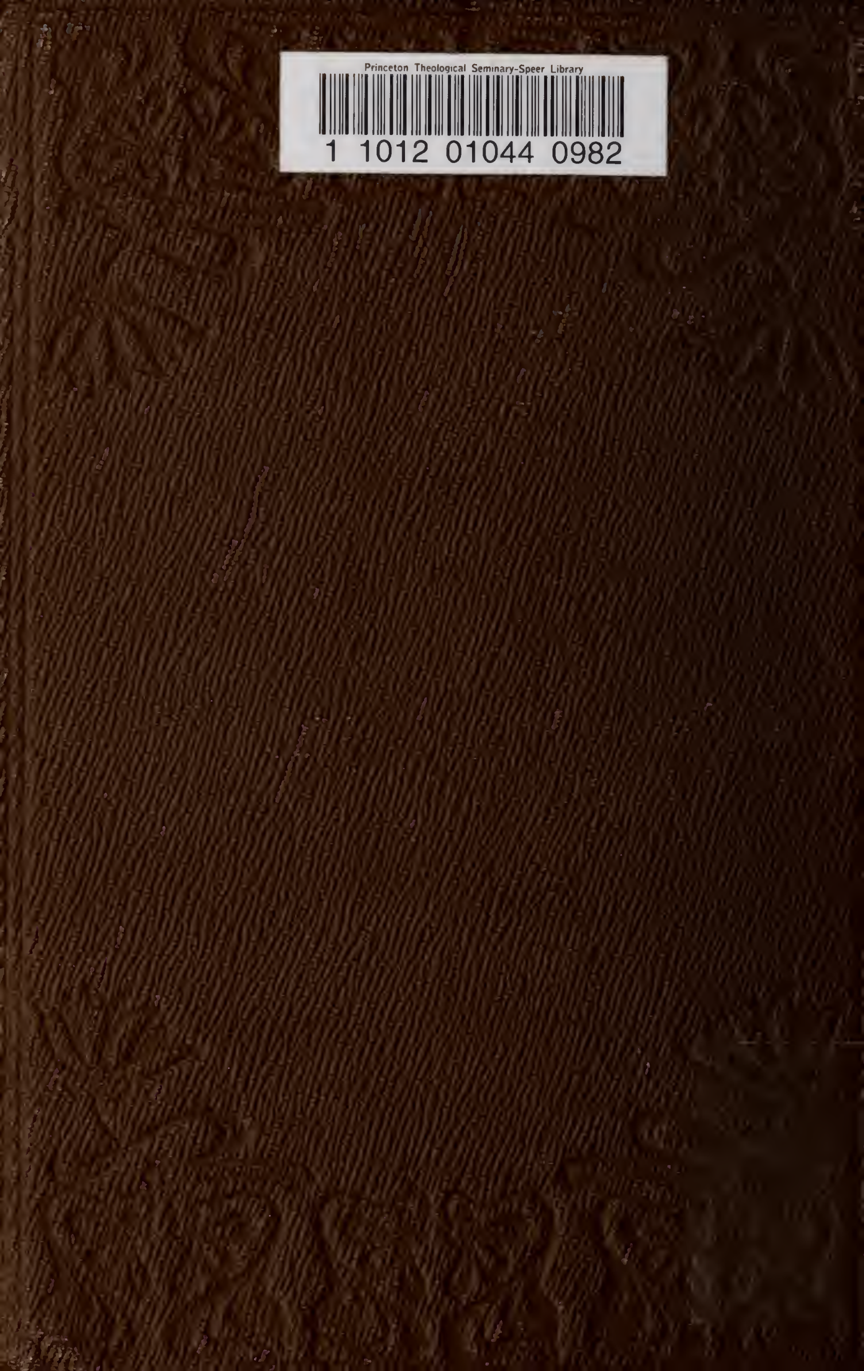


INDICE

Páginas.

LISTA DE LAS LÁMINAS

Frente a la página


Princeton Theological Seminary-Speer Library
1 1012 01044 0982